

AMERICA

N.º 36



Manuel Moreno Mora

AMERICA

Contenido del N° 36

Manuel Crespo O.: *Manuel Moreno Mora*.—**Manuel Moreno Mora:** *Elegía*.—**Alberto Masferrer:** *La Misión de América*.—**Francisco García Calderón:** *Legenda "El Regenerador"*.—**V. H. Escala:** *La Iglesia de los Atahualpas*.—**Augusto Arias:** *Pallares y Suerte en el Tarcú*.—**Romulo Naranjo Lotterio:** *Parábolas—El Molemal—Milagroso*.—**Remigio Romero y Cordero:** *Naturas XII*.—**Juan Pablo Muñoz Sanz:** *Francisco Schöberl*.—**César E. Arroyo:** *Los Malogrados*.—**J. M. Rondón Solís:** *Lección de Optimismo, Sátulas Compostas, Credo*.—**J. Pijoan:** *América para el Mundo o América para los americanos?*.—**González Carbalho:** *Alegria de la voz*.—**Alfredo Martínez:** *La Filasofía del Silencio*.—**Gregorio Marañón:** *Historia, Clivis y autopsia del Caballero Caramuzo*.—**A. M.:** *Francisco Bustamante*.—**Francisco Bustamante:** *Senderos extraños, En el Puerto, Velas nubes*.—**M. Amelia Riquelme:** *Poemas: La moaisña, La brisa, El humo, Besos de evasión*.—**Alberto Larrea Ch.:** *Dos a ser, Busto, Amor, Nichad, semas*.—**Augusto Arias:** *Noticias de Libros*.—**Carlo Sfondrini:** *Los dos polos del etarun femenino—La Estimación Extranjera*.—*Bibliografía 10 años*.

DIRIGEN ESTA REVISTA

ALFREDO MARTINEZ

GUILLERMO BUSTAMANTE

AUGUSTO ARIAS

FERNANDO CHAVES

SUSCRIPCION :

Dentro de la Republica, 12 entregas \$ 5,00

Exterior, 12 entregas Dos dólares

DIRECCION POSTAL:

AMERICA.—Apartado de Correos, N° 75.

Quito, Ecuador, S. A.



El Príncipe Estudiante

Famosa producción cinematográfica
de la Metro Gaidwyn Mayer.

Lo mismo en el palacio del príncipe que en la choza del mendigo, un día u otro penetra el dolor físico como un intruso incontenible para quien no hay ni guardas, ni muros, ni barreras. Pero si todos somos iguales ante su ataque, todos también tenemos una igual defensa en la



Cafiaspirina,

el analgésico de fama universal que en pocos minutos alivia el dolor más intenso, devuelve el bienestar y levanta las fuerzas sin afectar el corazón ni los riñones.



Dolores de cabeza, muelas y oído; nevralgias; jaquecas; reumatismo; lumbago; depresión nerviosa causada por excesivo trabajo mental; resfriados, etc.

¡Diga
claramente
Cafiaspirina
y no
reciba nada
más!



**B
A
Y
E
R**

REVISTA DE LAS ESPAÑAS

Publicación Mensual de la
Unión Ibero-Americana

Suscripción anual:
15 pesetas

Dirección:
Calle de Los Madrozo, N° 9
Madrid, España

SINTESIS

Revista Mensual de
Ciencias y Letras

Director:
MARTIN S. NOEL
Secretario General:
Héctor G. Ramos Mejía

Suscripción:
Por un año, \$ 10

Redacción y Administración:
Patrios, 1750-U. T.—21
Barracas 0037
Buenos Aires

Mercurio Peruano

Revista Mensual de
Ciencias Sociales y Letras

Director Fundador:
Victor Andrés Bello

Suscripción: 6 dólares
Apartado N° 176
Lima, Perú

UNIVERSIDAD

Revista Trimestral de
Cultura y
Vida Universitaria

Laureada con el Premio
Villarroya.

Dirección Postal:
Revista «Universidad»
Zaragoza, España

España y América

Revista Comercial
Ilustrada, de Exportación,
Economía, Finanzas y
Letras

Director:
Eduardo de Ory

Suscripción a la edición
económica:
20 pesetas por año.

Alameda de Apoloca, 17 y 15
Cádiz, España

Revista Chilena

Diplomacia, Política,
Historia, Artes, Letras

Fundador:
Enrique Matta V.

Director:
Félix Nieto del Río
(Ministerio de Relaciones
Exteriores)—Correo 8
Santiago, Chile

UNIVERSIDAD

Semanario
de la vida colombiana

Director:
Germán Arciniegas

Apartado N° 491
Bogotá, Colombia

TIERRA NATIVA

Revista Gráfica Semanal

Director:
J. M. Salazar Alvarez

Editores propietarios:
URIBE & HNO.

Carrera 10, N° 268
Bucaramanga, Colombia

PARA TODOS

Revista Fundada y Dirigida
por el Dr.

Mannel Zúñiga Idiaguez

San Salvador, El Sal-
vador
A. C.

PERFILES

Director:

Antonio Reyes

Dirección:

Apartado N° 434

Caracas, Venezuela

ELITE

Revista Semanal Ilustrada

Director—Editor:

Juan de Guruceaga

Suscripción por un
año: B 90

Oficina:

Principal a Santa Ca-
pilla, N° 6

Caracas, Venezuela

LA VIE LATINE

Organe officiel du Bureau
Permanent de la Presse
Latine et de l'Association
Paris-Amerique Latine.

Directeur Politique:

Maurice de Waleffe

Redacteur en Chef:

Pedro Osorio

49 bis, Avenue Hoche,
Paris

Revista Hispano- americana de Ciencias, Letras y Artes

Fundador y propietario:
José María de Gamonedá

Director:

Juan B. Acevedo

Dirección:

San Agustín, 7

Madrid, España

LA SIERRA

Organo de la Juventud
Renovadora Andina

Letras, Ciencias, Arte,
Historia, Ciencias Socia-
les y Polémica

Suscripción anual
2 dólares

Director:

J. Guillermo Guevara

Apartado No 10 Lima, Perú

ORTO

Revista universal ilustrada
de Literatura y Arte

Director:

Juan F. Sario

Dirección:

Martí, 31

Manzanillo, Cuba

BOLETIN

De la Real Academia de
Ciencias, Bellas Letras y
Nobles Artes

Suscripción:

Diez pesetas al año

Córdoba, España

GLARIDAD

Revista de Arte, Critica y
Letras.

Tribuna del Pensamiento
Izquierdista

Director:

Antonio Zamora

Dirección, Administración
y Talleres Gráficos:

San José, 1641,

Casilla de Correos N° 736

Buenos Aires, Argentina

Cultura Venezolana

Revista Mensual

Director:

José A. Tagliaferro

Suscripción:

Año 6 dólares

Apartado 293

Caracas, Venezuela

Año IV

1929

Mayo

AMERICA

REVISTA DE CULTURA HISPANICA

Núm. 36

QUITO--ECUADOR

Apartado N° 75

Manuel Moreno Mora

EN la eminencia de la hora poética aznaya, aparece un nombre arquitecturado que hacía falta: Manuel Moreno Mora. Aparece, y continúa escribiendo diez años, desde su retiro de hombre libre. Porque es hurafío. ¿Extraña tal gesto? Un buen porqué de orgullo no hace daño a nadie, ni menoscaba nada, cuando se asoma de frac en las ventanas de las publicaciones. Espíritu inquieto, más está atento al rumor de las ideas, las ajenas y las propias, que al ruido de un coche en la calle cargado de racimos inmaturos.

Hombre de estudio, de fervores, cuando la abulia no le coge. Pero no le lleva alcance. Rubén apuntó, para quienes ignoran la fecundidad del silencio: *esos no ven la obra profunda de la hora, la labor del minuto y el prodigio del año. Sale rejuvenecido. Ideas nuevas, pujanzas nuevas.*

Largo tiempo mantiene el combate crítico en *Páginas Literarias*, revista de renovación. Desde allí inyecta salud a la envejecida estética de la poesía excesivamente romántica, lloriqueante, falseada, interminablemente mariana, que perdura en Cuenca—herencia mayoritaria—hasta casi nuestros días. ¿Excepciones entonces?: las que brillan en la plenitud humana y simbolista, en las mentalidades jóvenes de los Romero Cordero, Moreno Mora y el místico Víctor Manuel Alborno. Habrá que citar aquí también al malogrado César Dávila Córdova, alto espíritu, tocado de todos los vientos de la renovación, que si no sintetizó aún derechamente en el verso la inquietud que le poseía, que le electrizaba, la dejó nerviosamente en estudios literarios que acusaron una robusta mentalidad. Ellos así: atención—si postrera—al ritmo contemporáneo, rastreadores en las opulentas rutas de Francia, las que van del 70 a los días de la gran guerra y que habrán de torcer los rumbos de la poesía especialmente.

Ellos sólo, porque Ernesto López, por ejemplo, es un caso aparte, un caso esporádico—verdadero caso de adelantado en la poesía ecuatoriana. Una especie de poeta que hubiese querido digerir a Góngora y no acabase de digerirlo; esto, hace quince o más años. Los demás son románticos, neoclásicos. De los Cordero Dávila, Luis: ya antiguo, ya moderno, y hasta modernista. Y Gonzalo, cual vértice de un doble ángulo, que enfoca al pasado y enfoca al porvenir. Se parte de él hacia atrás y hacia adelante. Tipo medio, y, como jalón en el camino, resistente a los embates, y exquisita, y muy honda savia.

En aquellas páginas, Moreno Mora hace principalmente, y de modo particular, su labor de valorización de la poesía local. Revisa, señala, extrayendo lo bueno y apuntando lo malo. Traza semblanzas de los viejos y jóvenes escritores. Todo ello, trabajo ya reconocido en su punto de valor provechosamente crítico.

Como buen latino, sustancialmente latino de espíritu, larga su bajel para Francia; se familiariza con la lectura de los poetas simbolistas; y propaga así, por medio de esas mismas páginas—cuán tarde se propaga—desde las voces mallarmeanas que han de llevar la poesía a más humanos campos, de introspección, de subjetivismo, de narcisismo casi, de íntima confesión, hasta los acordes divinalmente orfeicos de Verlaine y la canción deslumbradora de Arthur Rimbaud.

Y luego Régmier, Jammes, Bataille, Paul Fort, la Condesa de Noailles, los *Poetas franceses de hoy día, en Austral*—ese peregrino eventualario de arte, de una élite de poetas, escritores y pintores, que, rompiendo el silencio secular del patriarcado hicieron oír su canción pagana junto a los vitrales del templo, embadurnando, con carmines de ultramar, el rostro de la vieja vacante, rezadora y prostituta.

Insistimos en su calidad de crítico, de hombre culto conocedor de literaturas europeas y americanas, entusiasta propagandista de nuestras letras en el extranjero. De aquí allá: singularmente en Brasil, Argentina, Uruguay, México, Cuba, Colombia. La obra de Crespo Toral sobre todo en Brasil—obra de la que particularmente se ha interesado el crítico contemporáneo de relieve, Saul de Navarro, traducéndola y comentándola en estudios comprensivos que ampliarán el prestigio del crítico, alto poeta y pensador aznayo. De allá aquí: Delmira Agustini y Juana de Ibarbourou, y el delmiroibarburismo en el Continente; el nativismo de Fernán Silva Valdez (fernancismo en Supervielle); la cosmogónica scartiana; la voz orquestal y racial de la chilena Gabriela... De la estupenda poesía del Brasil (la más lírica de América—herencia lusitana): Olavo Bilac, Alberto de Oliveira, Carvalho, y los nuevos... Y no a secas—catálogo de nombres ilustres o de visibles figuras: con la inteligencia del comentario, la nota interesante, el estudio, en una, en dos páginas de sabor y hondura espiritual.

Esta labor la realiza en *América Latina*, revista de su dirección y exclusivamente de sus fuerzas. Creación audaz, sin mayores recursos económicos, de vasta concentración inéditamente americana en su mayor parte; lo cual suponía, en un medio literario aislado como el Ecuador, un infatigable llamamiento a los escritores del Pacífico y el Atlántico, no siempre prontos a las ingenuas iniciativas.

Desde este punto de vista, *América Latina*, única en su género hasta hoy en el Ecuador, cabe nombrarse junto a las mejores publicaciones de esta índole del Continente—difusoras generosas del pensamiento indolatino.

Y Moreno es poeta, pero ante todo es crítico. La poesía, me atrevería a decir que es en él, un acto de presencia dentro del don virtual de su raza; pues ese don acabó por amenguar en los demás, el florecimiento supremo en el alma del exquisito Alfonso, maravillada en su propia belleza y al rumor de la poesía con la que sueña y convive.

Terminando, digamos de las voces que se levantan en el Ecuador para satisfacción del espíritu de la hora. Voces claras, voces sugestivas, de compenetración humana, de llamamiento o retorno a los destinos de la raza, no vistos u olvidados en la bancarrota de nuestras aspiraciones individuales y colectivas. Estas voces van dirigidas a la humanidad y a la América nuestra—la grande América social y política, cuya forma futura ya se precisa. En este himnico rumor, Cuenca, desde su recluimiento—quizás propicio a las elaboraciones del espíritu—aporta una alentadora brotación. Moreno está ahí, con unos cuantos de su tiempo, y el fervido grupo de *Mañana*. Esos y éste, excelente orquestación. Mas pienso en el frente que se pudiese formar, allá, como aquí y en todas partes del Ecuador—con los que llegan, con los que están—de prevalecer ese espíritu de compactación transfiguradora. Porque nada perjudica más a los propósitos de la cultura y el ideal, que la diseminación de los mejores. Por qué no ir cada uno con nuestro grano a la gran siembra, pero echarlo a distancia, uno de otro, de modo que, ya plautas, formen un brazo de bosque contra todas las tempestades adversas. Bella obra se haría, reconstitutoramente humana, genuinamente latina, desafiadoramente americana.

Moreno, pues: estructura latina, espíritu fervoroso, podría estar en el frente de una cruzada regeneradora. Hoy es una figura de relieves entre los críticos jóvenes y hombres de letras del Ecuador, que ha servido y sirve denodadamente, en particular en su ciudad nativa, a la causa del arte y de las ideas.

Manuel Crespo O.

ELEGIA

Especial para AMÉRICA

Una tarde de Abril, frente a los hondos prados,
 en la terraza, solos, nos quedamos sentados.
 Ella a mi lado, llena de gracia y de ternura,
 me daba, como rosa, su aroma y su dulzura.
 Sentía yo en el alma penetrantes abrojos;
 las lágrimas pugnaban por brotarme en los ojos.
 Junto a la realidad de soñados amores
 lloraba el desencanto, dolor de los dolores;
 perseguía, insaciable, insasibles ensueños
 de mágicos amores entrevistos en sueños.

Ahogábanse los prados en sombras vespertinas.
 Florecían los cielos mil rosas y glicinas.
 Arrullar de palomas, blando piar de nidos
 salían del reposo de los parques floridos.
 La brisa, suspirando, se unía entre las frondas
 con el agua, que, en lloros, deslizaba las ondas.
 La primavera al aire daba su tibio aliento,
 y, en voz, murmullo, trino, su encantador acento.
 Sus follajes mecían los altos sauces reales;
 entreabrían las flores los senos virginales
 y exhalaban aromas que dulces impresiones
 movían en mi espíritu, ardiente de emociones.
 Traíame recuerdos el olor de reseda
 de un amor dulce y puro, hecho de lirio y seda.
 Me hablaban las orquídeas, en su lengua adorante,
 de voluntades sabias del cuerpo de una amante.
 Una escala de aromas tendíame el narciso
 por donde yo ascendía al vasto paraíso
 de sueños y delirios: Era un ansí amargada
 de amar y ser amado . . . De encontrar a la Amada
 tierna, ideal, radiante . . . De unirme a su ternura
 y jamás olvidaría . . . De hallar la ideal ventura . . .
 De vagar, encantado en mundos de armonía,
 donde todo es amor, juventud y alegría . . .

Nuestros labios callaban . . . Fueron instantes largos
 en que vivimos juntos silencios tan amargos . . .
 Su indeleble recuerdo en recuerdos me sume . . .
 ¡Oh rosa de Lahor, guardo aún tu perfume! . . .
 Como una flor marchita bajó el rostro de armiño,
 los párpados volábanle las pupilas de niño;
 vagaban en sus labios dolor y desvarío . . .
 ¿Sintió en el alma, acaso, resonar mi desvío? . . .
 Estábamos los dos en el profundo Imperio
 del Silencio . . . En sus ámbitos cerníase el misterio
 de mi ilusión perdida. Tenía miedo y pena
 de contarle el secreto, de romper la cadena
 de nuestros corazones . . .

De repente, la noche,
 sobre nuestras cabezas, abrió su oscuro broche . . .
 ¡La luna aparecía! . . . Las frondas sollozaban.
 Ensueños, ansias vagas me herían y angustiaban.

— ¡No me amas!, susurré. La Amada que vi en sueño
no eres tú, no eres tú!... Oh, sed de amor y ensueño!...
En la profunda noche se ahogaron mis querellas,
La luna se velaba. Temblaban las estrellas.
Tenues nubes de armiño bogaban en los cielos;
deshechas se perdían, cual sueños, cual anhelos...
Alzó al cielo los ojos en lágrimas velados;
brillándole a la luna en su alba luz bañados.
Y luego, como un hada, vestida de blancura,
perdióse, leve, frágil, allá en la estancia obscura.
Lloraba el piano, y ella lloraba una romanza.
¡Oh música divina, cómo a expresar alcanzas
todo lo que no cabe en el idioma humano;
ansia, dolor, nostalgia, desasosiego insano!

Su voz de timbre angélico, de melodioso acento,
volaba a las estrellas en súplica y lamento;
volaba a las estrellas, perfumada de irris:
la noche era más fúlgida al son de sus delirios.
Temblaban los sollozos de fusas armoniosas,
traduciendo sus hondas querellas amorosas.
Diría que la noche cantaba en su garganta,
la noche sollozante, tibia, desnuda y santa.
Mi alma, a su dulce canto, llegaba a la ribera
de tierras y de cielos de amor y primavera;
tocaba ya la vaga Thulé de mis ensueños;
en éxtasis veía sus paisajes risueños:
llegaba ya al vestibulo de lo ideal, lo infinito;
la plenitud sentía: ya hallaba eco a mi grito
de sed de amor, de gloria, de inauditas venturas;
¡Era la tierra ansiada de ideales hermosuras!

Calló su voz... Y, lánguida, dejó su blanca mano
de flotar en las teclas sonoras del piano.
Cual salido de un éxtasis o despierto de un sueño,
absorto, aún tenía la visión del ensueño;
resonaban las notas del canto en mis oídos,
y en el aire, vibrando, quedaron sus gemidos.
Pálida y extenuada cayó sobre mi pecho,
pálida y sollozante por su ensueño deshecho.
Sus ojos, sus radiantes ojos pardos, dolientes,
fijos en mí, lloraban sus lágrimas ardientes...
Conmovido, a su canto, de piedad y ternura,
la estrechaba en mis brazos, y sobre la amargura
de su boca armoniosa, de sus ojos llorosos
posé los labios trémulos en besos pesarosos...
Y enfermo de esta vaga y exquisita dolencia,
sobre ella, sobre mí sollocé la impotencia de amar
de amar...

(Oh sed de amor!)... Dime, oh amada ignota,
en qué tierra el amor de tu mirada brota?
¡Si te me aparecieras, cual hada sonriente
en un claro de luna, en mi noche doliente!

Manuel Moreno Mora

La Misión de América

1.—El grito da batalla.—América es el Continente destinado por la Providencia y por la Naturaleza, para ensayar y realizar las *Nuevas Formas de Vida* que la Humanidad necesita y quiere.

Todo lo que los hombres han soñado y anhelado para establecer una *Nueva Vida*, puede y debe realizarse en América, y sólo en América puede realizarse.

El *Reino de Dios*, es decir, la Sociedad viviendo del trabajo y de la concordia; con una vida limpia en que el pan no se amase con sangre, ni prostitución, ni embriaguez, ni miseria; eso significará desde hoy América, en el pensamiento y en la voluntad de quienes sean verdaderos hombres.

América significa *Mañana*. Pero ya no un mañana nebuloso y fantasmagórico, abandonado al azar de los tiempos, sino un mañana concreto, preciso, que nuestra mente y nuestros brazos convertirán en *Hoy*.

América ya no es una expresión geográfica, sino una expresión moral. América es una *Fe* y un *Propósito*. América es el credo político, social y espiritual de los Hombres Nuevos: de los que ya no quieren asfixiarse en los pantanos de las patrias míticas, miserables, inertes, sobre las cuales todo insolente poderoso escupe y defeca, haciendo que los esclavos adoren su defecación.

América es una *Idea* que batalla para convertirse en una *Fuerza*. No es un sueño, sino que es un yunque. América débil, desunida, parcelada y mezquina, devorándose a sí misma, es la América Vieja, carcomida y podrida, obra de enanos y de miopes.

Enterremos y olvidemos esa América infecta, y hagamos surgir de sus cenizas la *América Nueva*, fuerte, unida, concorde, consciente de su misión, dispuesta al dolor y a la muerte para realizar su misión.

Que no haya en América sino dos patriotismos: el *Viejo*, pequeño, ridículo, que endiosa las fronteras y el ayer mezquino y rencoroso, y el *Nuevo*, que vuela sobre las fronteras y enlaza las manos, y crea un presente de fuerza y dignidad, e incuba un mañana de justicia y de triunfo.

Hombres Nuevos de América. Americanos libres! Alcémonos, formemos en fila de combate, ensanchemos el pecho, absorbamos poderosamente el aire de la Vida, y que surja y resuene el grito de batalla:

¡A luchar por América!

¡A sufrir por América!

¡A triunfar por América!

2.—Apristas somos.—El Apra es insustituible, por ahora, como fuerza que enlaza y acrecienta y enervoriza los anhelos de los pueblos de Hispano América en el propósito de su liberación.

El Apra cristaliza en una organización continental las fuerzas defensivas de Hispano América, que serán nulas mientras no les dé valor y eficacia la unificación.

El Apra es la mano que va juntando en apretado haz los esfuerzos de nuestros pueblos, en el designio de recobrar lo que se ha perdido de independencia y de autonomía, y de mantener luego incólume e intocable la independencia y la autonomía sin las cuales estos pueblos no merecen vivir.

El Apra organiza las resistencias nacidas del común dolor y de la común indignación, y las acrisola en el crisol de la esperanza; mientras llega el momento de transformarlas en el martillo de la acción.

El Apra quiere y persigue dos fines esenciales: defender la independencia hispanoamericana, y realizar en América la justicia social. Es, en tal concepto, la *Voz Digna y Libre* frente a los otros pueblos, y la *Vida Intgra* en el seno de cada pueblo.

La única esperanza de salvación para Indo América, es que el Apra se desarrolle, se extienda hasta los últimos confines de nuestras tierras, y se haga sentimiento y querer de todos.

Pensando yo en esto, y siendo de los que no concentran en plegarse a las exigencias de poderes extraños, comprendí que mi puesto estaba en las filas del Apra, y vine a ellas, a trabajar en la forma concertada que la Asociación impone a sus adoptos.

Aprista soy: es decir, soldado de la Independencia Americana, sirviendo en las mismas filas en que sirven Alfredo Palacios, Manuel Ugarte, Juan de Harbourou, Julio R. Barcos, toda la juventud argentina, Haya de la Torre, Eteban Pavletich, Magda Portal, Gabriela Mistral, José Julián, la juventud de México, Joaquín García Monge, Froylán Turcios y Augusto Sandino.

Sabemos, porque es ley histórica y ley cósmica, que todas las cosas tienen su precio, y

que un diamante vale más que un guijarro. La estrella diamantina que se llama *Independencia*, y el sol de zafiro que se llama *Vida Integra y Libre*, no se pueden comprar con guijarros ni con estiércol; hay que comprarlas a precio de tortura, de lágrimas, de odio, de sangre, de sacrificio en toda forma.

Sabemos perfectamente que los que andamos en primera fila en este movimiento de liberación, tenemos que pagar la gloria de ser los primeros, los más visibles, unos con su honra, otros con su salud, otros con su hambre, otros con su libertad, otros con su destierro, otros con su vida.

Sabemos que se nos ha de perseguir, difamar, calumniar, escarmentar, encarcelar, torturar, amoralizar o expulsar, a cada uno según su valía, según la significación de su trabajo, según la luz y el entusiasmo que aporte, según su mayor eficacia para contribuir a la victoria final. Lo sabemos muy bien, y cada uno está dispuesto a sobrellevar la persecución y el odio en la forma que le corresponda.

No se engañen sobre esto. **LOS ESCLAVISTAS**: sabemos lo que de ellos nos ha de venir, y lo aceptamos valerosa y resueltamente. **LOS ESCLAVISTAS**.—así llamamos a los hispanoamericanos que **POR INTERES, POR MIEDO O POR INCOMPRESION** están al servicio de los conquistadores.—**LOS ESCLAVISTAS** están en su rol propio y natural, y nosotros los **ANTI-ESCLAVISTAS**, estamos asimismo en el nuestro.

Haga, pues, cada uno su tarea, según lo que le pida su corazón y el plano espiritual en que vive. Cuanto a nosotros los **ANTI-ESCLAVISTAS**, los **APRISTAS**, alcanzaremos la Estrella, y trenderemos sobre nuestro pecho, como divina escarapela, el Sol; La Estrella de la *Independencia*, y el Sol de la *Vida Integra*.

Y daremos por alcanzarlos, no solamente la honra, sino la sangre.

La sangre es espíritu.

3.—La raza.—Ciertamente necesitamos una raza. *Lugar, tiempo y hombre*, o *raza*, son los tres elementos de la acción, y tan vasta como se emprenda ésta, así han de ser grandes y trascendentales aquéllos.

Apenas hay doscientos millones de habitantes en este sitio donde vamos a edificar la América. Caben mil quinientos, y eso es la garantía de que podremos edificarla. No estamos unos encima de otros; la tierra, inmensa, da para que todos siembren y cosechen. El sobrante que asfixia a Europa y Asia, cabe holgado en las selvas del Brasil, en las pampas de la Argentina, en las mesetas de Colombia, en las llanuras de Venezuela. Tierra maravillosa tenemos, donde toda

fruta y legumbre, todo pasto y cereal, todo árbol y toda flor viven y prosperan; donde el pan, grato y abundante, el pan de todos, no tiene más enemigo que la codicia de una horda de cavernarios, hombres primitivos en que todavía el alma no surge ni se inicia el espíritu. Tierra pródiga, anchurosa y luenga, donde la montaña y la llanura, las simas y las cimas tienen preparado el escenario para la más bella y alta vida....

¡Pero la raza! Veinte millones de alcohólicos que envenenan a través de su sangre podrida el hoy y el mañana. El campesino hambriento, supliendo con la energía fagaz y mentirosa del tóxico, la fuerza real y duradera que le roba la roña del patrón. Las gentes, descaídas, viviendo como bestias, en covachas que rezuman humedad y tristeza. Y en la ciudad, ciudades que apenas son aldeas, un hervidero de lupanares; una trata de blancos y de indios, groseramente disfrazada; una generación de adolescentes enfermos y arruinados ya, y el lucro, espeso, hediendo, hinchiéndose con lo que sustrae de la borrachera, de la prostitución, del tabaco, de la morfina, del juego, de la superstición.

Esa es la tal raza, sobre todo por lo que lucea Indo-América; esa es la raza que festejamos imbécilmente cada año, el día en que Cristóbal Colón se encontró con la tierra de Indias.

Si, necesitamos una raza. América tiene que ser, ante todo, la obra de una raza, **PERO NO DE ESTA RAZA.**

Y la raza de que necesitamos para que edifique LA AMERICA (*la Vida Nueva, la Humanidad Nueva*) ya no puede ser una raza meramente animal, surgida del azar, más o menos infecta según que los eventos hayan entrecruzado los virus de todos los desechos de los pueblos enfermos. No, la raza para tal construcción ha de ser limpia, fuerte, alegre, voluntariosa y tenaz. Ha de tener el ímpetu y la persistencia del hombre que duerme y come bien; cuya sangre corre fluida y encendida en las venas, libre de ponzoñas y miasmas. Ha de tener la serenidad de la fuerza que exulta y se contiene, y la disciplina del que goza en su obra, porque obrar es la necesidad y la alegría de su ser; y ha de tener el aire triunfador del que sabe que emprende y realiza prodigios, que son por sí mismos la más alta gloria de un verdadero hombre.

Esa es la raza que hemos de forjar. *Hombres Nuevos de América*, precursores de la empresa titánica que ha de llamarse **América**. Y para forjar esa raza, se necesita un plan, un derratero, un camino que se inicie en la purificación de lo que somos, y entre luego en una Selección y en una Continuación de los elementos raciales así purificados.

Hermanos: **HOMBRES NUEVOS DE AMERICA**, es hecho decisivo para nuestra labor y nuestro éxito es *forjar una raza*. Como un lapidario que se dispone a tallar zafiros y amatistas antes se provee de un diamante para cortarlos y tallarlos, así nosotros hemos de forjar ese diamante: *una raza*, una expresión del pensamiento y de la voluntad del mundo, que anhela y quiere: *una Vida Nueva*. y

4.—**Ahora y en ti mismo.**—Para que América sea un día una realidad, es necesario que comience a vivir en ti, *Hombre Nuevo* que anhelas forjar el porvenir.

Para que surja esa *raza nueva*, limpia, fuerte y cordial, que ha de cumplir los anhelos del mundo, es preciso que nazca **AHORA Y EN TI MISMO**; para que se haga reservorio y luego manantial, y que de él broten las fuerzas edificadoras de la *nueva vida*.

Porque ésta, jamás podrá nacer de una simple construcción mental, jamás de meras fórmulas científicas ni de abstractos y fríos sistemas, sino de una llama que a un tiempo dé luz y calor, de una llama que encendida en tu corazón, suba a esclarecer tu pensamiento para que encuentre los caminos, y a caldear tu voluntad para que los recorra.

Así, *Hombre Nuevo*, has de sentir y vivir la Misión de América, como una religión; has de sentir que tu eres el llamado a proclamar y difundir esa religión, y que por eso los destinos del mundo están en tus manos. Has de pensar, y decirte, cada día al asomar el Sol, y cuando resplandezca en el zenit, y cuando se hunda en la lejanía del horizonte: «Los hombres suspiran y ruegan por una nueva vida; los hombres han vertido ya muchas lágrimas y mucha sangre, y sollozan por una nueva vida: el dolor ha inundado y saturado su corazón, y las tinieblas han sepultado su esperanza, su mente, desconcertada, ya no ve en la creación sino maldad y azar... e imploran una Nueva Vida.

«Y esa Nueva Vida sólo puede crearse en América, la tierra en que el pan y la fraternidad son fáciles.

«Los destinos del mundo están en las manos de América.

«Y yo soy América, porque soy la célula, una de las células que la forman. Y es en mí, en mí y ahora mismo, donde América ha de comenzar a realizarse... Si, yo soy el responsable de los destinos del mundo, y es mi mano la que ha de esjugar sus lágrimas y ha de restañar su sangre...»

Sólo cuando sientas así, y vivas religiosamente así, tendrás derecho a llamarte *Hombres Nueva*, y sólo entonces comenzará a surgir la Nueva Raza, purificadora y edificadora, que roseará de las tinieblas a los hombres desesperanzados.

¡Ahora y en ti mismo! Ahora y en ti mismo, que comience la purificación de la raza, en la sangre y en el espíritu. Ahora y en ti mismo ha de comenzar la guerra implacable contra la embriaguez del alcohol, del opio, del tabaco, de la morfina, de todos los narcóticos; y contra la alimentación sangrienta, que hace al hombre agresivo, impulsivo, feroz y cruel; y contra la prostitución, que pudre todo el cuerpo, que hace magre la sangre, y siembra de miasmas y de podre la carne y los huesos, y disuelve la voluntad en las nieblas viscosas de la duda.... ¡Ahora mismo y en ti!

Para que adquirieras el derecho de *extirpar, de voer y de incendiar*, y también el derecho de sembrar, de consolar y de florecer.

Porque, en verdad, sólo de *Hombres Nueva*, que tengan el corazón terrible como la tempestad, luminosos como la Aurora y fragantes como las rosas, podrá nacer América, la Nueva Humanidad, la Nueva Vida que los hombres necesitan y anhelan.

El Salvador, 1928.

Alberto Masferrer

EL MERCURIO

DIARIO DE LA MAÑANA

Propietarios: SARMIENTO Hnos.

TARIFA:

Un año..... \$ 20,00
Seis meses..... „ 11,00

Direcciones: Apartado N° 164.—Teléfono 2--2

CUENCA—ECUADOR

Leyendo "El Regenerador"

Hace poco lei las páginas de *El Regenerador*, revista menor, libérrima de inspiración, que fundara Montalvo, al volver a su patria después de largo ostracismo y de acerbas campañas en Quito, el 22 de junio de 1876.

Había fenecido la dictadura teocrática de García Moreno y el gran polemista infatigado vuelve resueltamente a la estacada, como caballero de la Edad Media, "armado de todas armas". No es misántropo; ama siempre el género humano representado por el amable conjunto que llamamos patria. En su estandarte hallamos generosa inscripción, voces de concordia, de paz y de perdón.

Empero lo notamos entristecido. Antes creía, con fe lamartiniiana, en la democracia. Ahora duda y discute. Observa el divorcio que existe entre el ideal claro y la confusa realidad. Como sociólogo, enseña que sólo son buenas las leyes si convienen a los pueblos a quienes se aplican. Como educador, pone su conato en reformar al Ecuador doliente, minorado. Predica unión, porque son invencibles las naciones atacadas por fuertes vínculos, sea que se dediquen a la industria o a la guerra. Traba lecciones con ánimo tesorero, explica, vulgariza la doctrina encerrada en libros clásicos. Un día comenta a Montesquieu, otro cita a Stuart Mill. En otras ocasiones, acusa, enjuicia, se derrama en diatribas y sarcasmos, noble en sus odios, desinteresado en su amor, seguro en su amistad.

Bolívar exclamó, cuando su obra parecía destinada a abismarse: he arado en el mar. Montalvo a sufrido en noches tristes, miseria, destierro, acusaciones, amenazas; ¿qué males no se han apellidado contra el defensor de causas justas? Hasta ahora, nada he podido en este pueblo después de doce años de brega constante. Resuelto está a abandonar de nuevo la tierra dilecta, a vagar, con dantesca acedia, por ciudades indiferentes. Escuchemos

la áspera lamentación del sagitario: al diablo sea ofrecido el fruto que se saca de tanto estudiar, tanto escribir, tanto exponerse, tanto padecer, tanto gemir por las desgracias comunes.

El sabe que si la democracia contribulada le escucha y le sigue, se salvará de dos peligros alternantes, la tiranía y la anarquía, el poder sin compás y el turbio duelo de las facciones. Sed libres, dice a sus conciudadanos, pero no más de lo preciso. Aconseja respecto a las leyes justas, prudencia, obediencia y mesura. Pide a los ecuatorianos que sirvan a la república, pero no les guien siempre "dioses personales". Algo por la comunidad, no todo por el individuo, enseña, y aunque exalta la libertad y por ella combate hasta el sacrificio, afirma que el orden es condición necesaria del progreso y que la libertad, si con una mano contiene a los oligarcas, con otra debe sujetar al pueblo.

Disertando o riendo, imperioso o jubiloso, nos parece un descastado. Ha vivido en el seno de libres Estados y ahora descubre, en torno suyo, miseria, esclavitud, odios menores. Nadie la comprende: hereje para los clérigos, de clerical le acusan los herejes. Liberal, porque reina el desconcierto, se ufana de ser conservador a su manera, conservador del orden, de la moral, del patriotismo. El lucha por las ideas donde predominan intereses, donde un liberal se vuelve conservador de la noche a la mañana como consiga atrapar un emplello, y un conservador se convierte en liberal furioso, si el gobierno se lo quita. En esta atroz soledad moral, se nutre de tristeza como de miel salvaje.

Su espíritu platonizante vive en constante comercio con las ideas puras, con los paradigmas y los arquetipos. Sigue siempre la vía media, ofrece reglas de oro. Denuncia las demasías del clero, pero reconoce que es uno de los elementos esenciales de la sociedad y

que el gobierno no debe envilecerlo. Cuando los conservadores colombianos que habían sido desterrados, se refugiaron en el Ecuador, pidió para ellos asilo con toda su santidad, sin excepción. Si el presidente Veintemilla se torna injusto, Montalvo incita a sus comilitones para que intervengan en defensa y en provecho de intransigentes enemigos.

En las páginas de su revista, con extrema lucidez examina la condición de la República y luego dilata su visión para juzgar a América entera, incipiente y bárbara. Semibárbaros nos llaman los países civilizados del Viejo Mundo, escribe, sin rechazar esta apreciación. Como no pueden ser sabios los hispano-americanos, basta al escritor que sean hombres de bien, que dejen de ser corrompidos y canallas. Un viajero había escrito que todo es bambolla en nuestras repúblicas. Montalvo cita y aprueba esta opinión. En su comentario apunta que, para leyes sabias, generosas, aquí estamos nosotros: libertad de imprenta, garantías individuales, derecho irrestricto de sufragio, maravillas: en cuanto a progreso, los pueblos del Nuevo Continente hacen ventaja a los demás con sus ferrocarriles a la luna, telégrafos a las siete cabrillas, carreteras a la vía láctea.

En la política criolla la agrupación que triunfa, en guerra civil, se titula a sí misma libertadora y civilizadora. Los vencidos reciben el nombre de tiranos, pero si vuelven a gobernar, serán a su vez restauradores y los libertadores de ayer se transmutarán en

bandidos. ¿Dónde, en estas luchas, la razón y la justicia? En nuestra América, según el gran escritor, el mando corresponde por derecho natural a los peores. Se pasa de la anarquía que es "el terremoto diario" al despotismo que es "la calamidad pública".

Para vencer estos extremos igualmente peligrosos, Montalvo escucha lecciones europeas y propone la asociación. Recuerda que en el siglo XIX, extienden las asociaciones su red magnífica y constituyen garantía de la libertad. El individuo por la tiranía; pero si se junta a otros, en firmes corporaciones, llegará a oponer contrarresto a la autoridad que invade todos los dominios.

Se desconsuela el patriota regenerador, porque, a pesar de la libertad, continúan los ecuatorianos siendo patrias. Adivinamos que si detesta la autoeracia también repele la paz de gentes laicas, la mediocridad, la pereza de una sociedad inestable. Un día desdén a García Moreno, tiranuelo, tiranillo; otro le llama hombre singular, carácter ígneo, sabio tirano. En una página de este periódico, leemos: "fuerte ha de ser el hombre de probidad que, entre nosotros, no se corrompa al fin o salga tirando piedras". Como él es incorruptible, vuelve a Europa, renuncia a corregir y dirigir, convierte su biblioteca en principado y sigue estallando su espíritu en un glorioso obrador.

París, diciembre de 1928.

Francisco García Calderón

EL DIARIO DEL SUR

DIARIO DE LA MAÑANA

Director Propietario: **Manuel Moreno Mora**

SUSCRIPCION:

Por un año.	\$ 20,00
Un semestre	11,00

Cuenca, Ecuador.—Apartado postal Q

La Iglesia de los Atahualpas

ñ José Rafael Bustamante

San Francisco de Quito, músculo español
petrificado por las nieves
épicas del Pichincha,
que alarife te alzó
en pleno amanecer de la conquista? ...
quién puso, sobre piedra y piedra
los hierros castellanos de tu cruz?...

Dice Cieza, en su Crónica: «que tus muros alzaron
Fray Jodoco Riquí, el flamenco
con dos generaciones de Atahualpas:
Don Anquí Atabalipa, mayorazgo del Inca,
y Don Alonso, el último heredero,
de Quito, Tihuanaco y del gran Tihuantisuyo».

Freiles y príncipes te hicieron
lentamente, en el curso de los años,
mezclando a la europea la sangre de los indios,
para que así fueses el templo
más hermoso y más fuerte de la joven América.
Te pusieron una pila
esculpida en granito de los Andes
y, como flecha disparada al cielo,
el agua se perdía
bajo los signos del Zodíaco;
más un día, el Ilustre Ayuntamiento,
ignaro de estetismo,
la arrancó del ombligo de tu plaza
para dárla a una aldea,
cuyo nombre mis versos ni siquiera recuerdan...

San Francisco de Quito;
tus naves cantaron responsos
al Virrey, Núñez Vela, que murió en Iñaquito,
y responsos de rabia para los cien quiteños
cegados por el plomo vil del «Real de Lima»;
más, después entonastes marciales «Te-Deums»
por Yaguachi y Riobamba, por Pichincha y por Tarqui,
y por el Titán enjuto a quien sus mismos ojos
ya le habían comido todo el rostro...

Salve, basílica de Quito,
en cuyos muros trabajaron
descendientes directos de Atahualpa.
Por piedad a los indios te pusieron
el nombre del humilde *Poverello*,
y por eso sus almas te ofrendaron,
Olmos, Pampite y Caspicara,
y con ellas, el arte de la América sin amos!

V. H. Escala

Bolívar y Sucre en el Tarqui

PARA una galería de los héroes, en la pauta ejemplar de Carlyle, Bolívar y Sucre dieran sus líneas originales, sus fisonomías propias e inconfundibles y haríanse también de luces parecidas reflejándose en el objetivo de igualdades y diferencias de las vidas paralelas. En ambos acierta, fructífica y esplende el heroísmo del valor y el otro, puro y discreto, de la inteligencia. El albedrío de los vencedores les conduce y les ampara, y la frase de viva expresión, el discurso, la proclama, les acompaña como para que la grave certeza de sus destinos fuera más completa y avasalladora. Pero lo que en Bolívar es concepción más rauda y brillante, envolvente vuelo de ideas, instantáneo apresar de las situaciones y de los medios de vencerlas, para Sucre es más bien reposado examen, medida de acción, recato siempre vigilante, escrúpulo que aguarda, crisol que depura. En el espíritu de Simón Bolívar y Palacios, se cruzan, con fulgores de extraordinaria viveza, las imágenes del poeta. Pero no pierde, por eso, el sentido de las realidades. Antes bien, de su juramento arranca un gigante plan de victoria y de su poético Delirio, medido con la infinitud del tiempo, esa como elástica pasión, de premura y sobresalto, con que lucha, vence, organiza y gobierna.

El General Antonio José de Sucre cumple exactamente en su vida y en su obra, con el nombre que le dieran por sus virtudes sobrias y la disciplina de su valor, y así el "filósofo armado", atiende al minucioso relieve de los sucesos, compara los hechos, calcula las vicisitudes de la política y procede con su brazo enérgico, sólo cuando la oleada de las pasiones o el vértigo de los peligros han llegado casi al corazón de la patria. Pero ambos se complementan y se funden en su destino de libertadores. Lo que en Bolívar es decisión triunfante, hácese en Sucre avance lento y tranquilo. Así apacigua algunas veces, su Teniente preferido, los ímpetus del genio de la guerra, o así lleva a la victoria el Libertador de América al sereno Washington del Sur. Supéralo Bolívar en esa predestinada visión, con la que domina y subyuga. Le sirve Sucre en esa fidelidad simpática que continúa y encauza las concepciones máximas del insuperado conductor de los ejércitos que no es grande sólo

por su espada de epopeya, sino también por su verbo florido, por su concepto superior de la democracia, por su cabal sentido de la política y su gigante sueño de la libertad.

Nacido Bolívar para superar la marcha lenta de las horas, de su constructivo pensamiento a la acción certera, no encontró vacilación ni demora. El Mariscal de Ayacucho, la clemencia que busca la pausa y la piedad que quisiera evitar los dolores, pudo retener, a veces, el curso fatal que sigue la guerra. Anduvo, entre los campamentos, con el tratado de paz en la diestra generosa y el sable pendiente y confiado, y así como Pichincha, Ayacucho y Tarqui le consagran para siempre como un estratega providente, Bolivia le señala como a un magistrado paternal y las fuerzas españolas o los vencidos del Portete le reconocen como al soldado más benigno y humanitario de cuantos salieron sonrientes y quietos luego de luchar con la muerte.

Las piñas de la Esmeralda, bañan con su frescura extraña las arterias del Libertador, abrasadas de fiebre, en la noche de Casacoima. En esa postración que acelera la fatiga y signa el desastre, Bolívar descubre el cuadro de su mañana agural. Nadie sospechara como podía encender lumbradas tan optimistas en la entraña reseca de la invalidez y de la muerte. "Vencer! Mañana será libre el Perú! ... Así vuelan las frases, en su plática viril de la noche de Casacoima. Sus pocos soldados, hambrientos y desnudos, saben que su jefe delira. Pero en el término de pocos días, quizá de pocas horas—el tiempo tuvo una órbita especial en las acciones de Bolívar—llévale en sus alas, como a un espíritu que no se detiene ni cae, el ritmo acorado e igual de los ginetes de Junio.

Sucre también tiene su noche triste. Le duele la retirada de Huachi. Mas, en su silencio y en su cálculo, plantea la ruta de Pichincha y allí reconquista, en la ciudad de Quito, la libertad que perseguía Bolívar. Pitagórico estímulo, de acciones prontas y sabias el que guiaba a Bolívar. Cordura amable, alertada por el pundonor y la entereza, la que acompañaba a Sucre en su obra constante. Ambos se encuentran, se comprenden y se vigilan y les hallamos unidos, de nuevo, en los campos de Tarqui. Bolívar no está allí en presencia animosa, avi-

zorante. Pero sus ideas duran en el General Sucre, su proclama luce en las astas de los lanceros de Camacaro, su ánimo revolotea en el vivac púvioso de la vasta llanura del Girón, su presteza impulsa a los del Yaguachi en el paso del río, un adarme de su tremendo valor ha caído en el surco bravo del Coronel Alzuru y su recuerdo es tan grato para todos los tenientes de Sucre entre los que se dijera cofre de prudencia y fidelidad el íntegro General Urdaneta.

* * *

Previene Sucre las consecuencias desastrosas de la guerra y cuando llega al Campo del Girón, ha probado en vano todos los recursos de la paz. Con el brazo roto y la evidencia de la campaña cuyos tiros se preparaban más distintamente para herir a los Libertadores, ensaya, otra vez, su propósito de concordia. No ha grabado el Mariscal, en sus acciones, la frase romana de profundo sentido: "la vida no tiene más significación que la guerra" y olvida, o quiere olvidar el motín de Bolivia, la insurrección de Lima, los sucesos de Pasto. Tal empeño de pacifismo, sustentado desde la fragata «Pocospin» llevará todavía hasta el puente de Saraguro y habrá de extender, después, aplacando el desastre del Portete.

Bolívar trabaja, asimismo, por evitar la guerra. Su emisario de paz, el Coronel O' Leary que debía seguir a Lima, se detiene en Guayaquil porque los fuegos de la invasión ya son incontenibles. En la contienda fraternal no se muestra Bolívar con indomable fuerza. Quiébrase su voluntad porque va a derramarse sangre hermana, riñendo la frontera delimitada por el derecho de las naciones y hasta por la línea natural de las condiciones geográficas. Su pupila que ahonda y profundiza, advierte, además, con una rara claridad, que su gloria, que su fortuna, traen despechados y revueltos a los políticos de América. Se duele, quizá, de su sino y quisiera volverse colérico sobre la ruta de la ambición en la que tantas veces postro al enemigo. Pero se desarma y desfallece. Aquella es ya su vispera de silencio y le asedia la muerte. "Mandarán siempre los militares con su espada", —le pregunta a su querido O' Leary, —No se quejarán los civiles del despotismo de los soldados? Yo conozco que la actual república no se puede gobernar sin una espada, y al mismo tiempo no puede dejar de convenir que es insoportable el espíritu militar en el mando civil". La duda comienza a perseguirle,

cuando ya es tarde para "cortar la cabeza de la hidra" como ha pensado Marius André. El dictador, el cesarista, ni siquiera ha detenido el abuso de la prensa. De 1815 al 29, se han hecho evidentes las predicciones de su Carta de Jamaica y las naciones se agitan entre la ambición y la guerra. Punto de remoto florecer, su Congreso fraternal, es discutido y menospreciado en el vaivén de los partidos.

* * *

Bolívar no pudo acudir en auxilio de la guerra del Sur. La rebelión de Pasto había cerrado el camino, pero la suerte de esa campaña hubo de confiar al General Sucre, en esa carta efusiva de 28 de octubre, en la que le indica, para la base de sus operaciones "la naturaleza de las cosas y el interés instantáneo" a fin de que salga sin culpa y acertado de la obligada marcha de las circunstancias. Allí nace un atisbo de la ambición que le asaltó algunas veces. Le dice a Sucre que la gloria es mil veces preferible a la felicidad, pero le desea que sea más dichoso que los héroes de la Grecia cuando tomaron de Troya. Se equilibran y buscan un término justo su poderoso individualismo y el cariño entrañable con que distinguía al Mariscal de Ayacucho. El le quería, como a su teniente amado, surgiendo de la batalla con un resplandor de gloria. Pero al filósofo en cuya alma se aquieta la lucha, le adivina más bien peregrino de la dicha que conquistó el del triunfo y su interés por él, como que quisiera hermanar la victoria con la felicidad. No de otra manera le desea vencedor y dichoso como los héroes griegos.

En las riberas del Juanambú sabe Bolívar de la victoria de Tarqui. Ha seguido, por el epistolario de Sucre, las peripecias de la campaña y los prólogos de la lucha. Ha visto al Mariscal, adornado de modestia, reclamando una plaza de soldado en el Ejército del General Flores. Le ha mirado después en su cálculo estratégico. Le ha descubierto en el Puente de Saraguro, teatro de la burla de su petición de paz. Ha logrado acompañarle en el reñido combate y sabe también que el Sucre magnánimo agitará los ramos de su benevolencia cerca del ejército desbaratado y prólogo.

Cuando llega a Quito, en marzo de 1829, conoce de la tenacidad de La Mar, del incumplimiento del tratado del Girón, del nuevo bloqueo de Guayaquil y su proclama a los vencedores del Tarqui es una advertencia noble de que habrá necesidad de

"emplear la fuerza para conquistar la paz". "Recuperaremos a Guayaquil únicamente para cumplir con los preliminares de paz concluidos con el Perú: no dispararemos ni un tiro ni aún para defendernos, sino después de haber agotado nuestro sufrimiento y haber reclamado en vano nuestros incontestables derechos. Pediremos la paz a los vencidos", dice Bolívar a los colombianos, desde el Cuartel General de Quito. Dirije, entonces, la nueva campaña de Bujo. Su presencia fortalece la confianza, estos pueblos fieles le abren paso triunfante. El genoroso Illingwort desaloja a los buques peruanos y Guayaquil es devuelta a Colombia.

Pero a Bolívar no le abandona la duda. Desde su lejana entrevista con San Martín, está seguro de los propósitos peruanos y considera ahora, muy cerca de su tarde de Santa Marta, que no sólo la extensión de las fronteras peruanas sino la muerte del padre de Bolivia, adquiere una forma cada día más clara en los designios de la rivalidad política que agita a las naciones amadas de su corazón.

* * *

"Si mi querido Sucre, usted es uno conmigo, excepto en su bondad y en mi fortuna", escribe Bolívar, en su carta de Bogotá, expresándole al Mariscal que es él quien "le ama más en este mundo, aunque no tanto como lo merece".

Realmente, su bondad y su fortuna, disímiles, encuentran a los libertadores, hasta en los últimos instantes de sus gloriosas vidas. El bondadoso Sucre, de vuelta del Congreso Admirable, cae herido por el plomo de Berruecos. No le es dado reposar de los azares de la guerra y de las fatigas de la política, en el amoroso seno de la Marquesa. Hilando quizá, pero con despreocupado recuerdo, el episodio galante de la

contradanza, marcha por el misterio de la selva. La advertencia de los peligros de su vida no ha despertado su fatalismo y su bondad purga en la acechanza y su puro corazón es destrozado por las balas del crimen.

Tardía fortuna dora las playas de Santa Marta para Simón Bolívar. Aspira la ráfaga marina y siguen los cariños de Anita Lennoit a su dicha vencida, triste de la ruptura de sus mejores ensueños. Sus últimas cartas son para Colombia y para su prima Fanny. En la última, de amor depurado y lejano, tiemblan aun los rayos de su poderío. "Esta es la letra que iluminó el relámpago de los cañones de Boyacá y Carabobo, esta la escritura del Decreto de Trujillo y del Mensaje al Congreso de Angostura", exclama, descubriendo en los caracteres de su postrera misiva, el rasgo firme y alargado que se ha vuelto un tanto trémulo, por la desazón de la fiebre.

Cree escuchar el acento de Fanny y su alma de poeta evoca en las palabras de la prima "las dianas inmortales de Junín y Bomboná". Así hallaba, el Libertador, en la música de las frases queridas los ecos de su ininterrumpida gloria.

Pero ya le falta el aliento. La muerte de Sucre le ha horadado el pecho y en vano soñará, junto a su médico el doctor Reverend, en sanar de su dolencia, e imponer, de nuevo, en Francia, el altanero brillo de su ingenio. Se apaga en su memoria, como un jardín de miniatura, el parque de María Luisa y ante sus ojos cansados se torna como un zafiro diminuto el Magdalena.

"Me tocó la misión del relámpago: rasgar un instante la tiniebla, fulgurar apenas sobre el abismo y tornar a perderme en el vacío", le confidencia a Fanny.

En torno de los despojos de Bolívar se disgrega Colombia.

Quito, 1929.

Augusto Arias

LA EDITORIAL MAUCCI

tiene a la venta las obras antiguas y modernas de los escritores notables del mundo. Si Ud. desea enriquecer su biblioteca, solicite catálogos a la

Casa Editorial Maucci.—Mallorca, 166.—Barcelona.

PARABOLAS

El Marmol Milagroso

Para AMÉRICA

Bloc de mármol sustraído a las entrañas fecundas de la madre Tierra, fue carne propicia para que artista genial cincelara para los siglos, con el dolor de las grandes concepciones, un símbolo eterno de belleza y de amor. Estaba en él, hecha milagro y maravilla, la potencia creadora de la Naturaleza, y dueño ya de la forma armónica, definitiva y perdurable para encerrar en rectas y curvas suaves el soplo que le infunde aperiencias de vitalidad a toda obra suprema tallada en cosa inerte, inanimada, era en el peñón abrupto como un desafío sin término en el incesante vaivén de las pasiones humanas. Y desfilaron ante el símbolo de mármol las multitudes. Y eran diversos los gestos; y eran diversas las palabras. Pero por sobre todos había una honda corriente de atracción que los hermanaba en clamores hegoístas, negativos, empujando al símbolo y a su creador. Curiosidad maliciosa; sentimiento que transforma la mirada con expresiones insanas; actitudes de incomprensión; alardes de indiferencia; injurias y reproches, iban quedando en el camino como si el artista, con su superioridad anímica, tuviera el poder de arrancar de los hombres en marcha el secreto interior que los animaba. Era como un desfile de rebelaciones. El hipócrita, disimulaba en el tardo despliegue de una sonrisa su aparente credulidad sobre la belleza real y el amor vivido; el envidioso, hacía el elogio amplio para menguarlo después con expresiones de duda; el ignorante, pronunciaba frases imprecisas; el jactancioso, rebajaba valores y negaba eficacias con la insolencia de su egolatría y el impotente, el fracasado, con la explosión enervante de sus diatribas, manchaba la pura gesta del símbolo con alguna de esas realidades que son en la vida del genio, del inspirado, como pequeñas nubes de sombra en la inmensidad del cielo azul. ¡Oh, poder mágico del arte! Pasaban ante ti, en carne viva, todas las psicologías! ¡Y así era enorme la desesperanza! Mas, por fortuna, dentro de esas multitudes, como anulados por el peso de tantas vidas angustiadas en el pecado de no

ser buenas, palpitan algunos rayos de luz... Y se hacía la claridad como en un amanecer cuando algún espíritu fuerte y sano detenía la mirada ansiosa de belleza en la majestad del símbolo de mármol que coronaba el peñón abrupto. Un día, un niño bello y sonriente, apartóse del rebaño para palpar la forma y dejó esculpida en pureza una frase llena de simplicidad. En otra ocasión, un hombre fuerte, erguido, pleno en serenidades, acompañó el suave movimiento de su cabeza apolínea con la música de palabras que nimbaban de gloria la obra genial. Y en el transcurrir del tiempo, una anciana, con el andar penoso de la vida que nos va dejando, bendijo el símbolo con su mirada turbia y como una despedida en la que la emoción muerde el alma con inquietudes de ausencia, musitó entre lágrimas bellos recuerdos de su juventud... Habían sido éstas las únicas almas iluminadas! Y fué tan potente, tan penetrante la luz que irradiaron que en el símbolo de mármol nació con el tiempo el misterio de la movilidad vital, y, erguido como un dios, se lanzó al camino para sembrar en el seno de las multitudes el germen de un nuevo evangelio que conquistara almas para la belleza y para el amor. Es que había en la frase simple del niño fuerza de sinceridad y pureza de intención nunca sentida; es que había en la música verbal del varón sereno y fuerte la capacidad comprensiva que hermana espíritus superiores y dicta con un noble gesto justicia para consagrar; es que había en los recuerdos musitados por la anciana una afirmación de experiencia y un claro latir del amor intensamente vivido. El artista, al través del tiempo había triunfado, y por los caminos, impulsados por el ansia de ser mejores, desfilaron después las multitudes con más arrogancia en la marcha, más luz en la mirada y más pureza en el clamor...!

Montevideo, Uruguay, 1928.

Rómulo Nano Lottero

NOCTURNO XIV

I

Noche negra de insomnio y de aguacero,
 que te maldiga Dios... Los sapos croan
 serenatas macabras al insomnio
 que florece en mis párpados... La lluvia,
 en complot con los vidrios y el tejado,
 hace un ruido que ahora me parece
 no haber oído nunca... Tú lo escuchas...?
 Y el insomnio, como ave de rapiña,
 me clava en las pupilas ambas garras
 y me arranca los ojos... Oh, el insomnio...
 Y, dímelo, Malena, estando muerto,
 tendré insomnios también en el sepulcro,
 o dormiré mi muerte a pierna suelta,
 como un lirón de ese terrible invierno...?

II

Fantasmas del insomnio, huid, fantasmas...
 Y si yo, en el sepulcro tengo insomnios...?
 Y si dura el insomnio años y siglos...?
 Y si la eternidad es otro insomnio...?
 Beleño...? Si, beleño: bueno, trae
 beleño. Doy por hecho que me duerma
 el insomnio de ahora; pero el otro,
 el de la muerte, dormiré, Malena...?
 Oveme bien; por sí bajo el sepulcro
 hay insomnios, el día que me muera
 procura cerciorarte de si duermo.
 Y, si no duermo, con beleño embriégame,
 y entonces, sólo entonces, sólo entonces,
 ya puedes enterrarme como quieras...

III

Malena, si no duermo en el sepulcro,
 a qué morir...? Tú sabes, tú adivinas
 si habrá insomnios allí...? Cuál de los muertos
 tuyos o míos, cuál, cuál, oh Malena,
 hoy estará despierto y revolcándose
 en la entraña terrena con insomnio...?
 Te figuras, concibes lo que sea
 el insomnio en las tumbas, el insomnio...?
 Arrodíllate... reza... y a las santas
 cosas del Padre nuestro cotidiano,
 al líbranos del mal con que termina,
 añade estas palabras: Padre nuestro,
 líbranos de todo mal... mas, también líbranos
 de que exista el insomnio en los sepulcros...

Remigio Romero y Cordero

FRANCISCO SCHUBERT

1828-1829

Véase los Nos. 34 y 35

Su Obra

La obra de Schubert fué ya magistralmente juzgada por sus contemporáneos. Nadie la discutíó. Ante todo, porque gran parte quedó inédita, y por lo que atañe a la publicada o ejecutada en vida del maestro la aceptación fue calurosa, más, no a título de mediocridad sino de excelencia; nadie tuvo un rabioso gesto ni temblaron las academias, pero este milagro emanaba de la espontaneidad de su innovación; no combatía como Wagner, Berlioz o List, ya que le faltaba tiempo para crear; pues su riqueza musical era tan grande, tan profunda, tan interior que le tenían sin cuidado el problema de las formas, las orientaciones cenitales de la estética y todo cuanto no fuere él mismo. No de otro modo procede el ave al cruzar el azul en todas direcciones, sin mirar la cinta de carretera por donde se mueven las bestias de carga; el arroyo que murmura y nunca se detiene a saber quién ahondó o desvió el cauce por el cual se desliza.

La admirable figura de Schubert podría ser estudiada de tres modos o maneras diferentes: como prototipo del período romántico, en su vida y obra; el verdadero si no el único musicalizador de la pasión amorosa en el más elevado concepto; el poeta de los sonidos cuya modalidad lírica resiste la comparación y el análisis frente a la modalidad literaria de su siglo. Como filósofo y literato de facultades potenciales desconocidas del gran público, ya que no las desarrolló con preferencia. En fin, puede estudiarse como compleja figura histórica de la música en relación con su desarrollo.

Estas diversas zonas de iluminación de la grande obra schuberiana agudizarían nuevas e inesperadas perspectivas que no pretendo ahondar hoy, pero que trazaré a grandes rasgos.

*Conferencia leída por su autor en la Velada que con motivo de celebrarse el Centenario de Schubert, se realizó en el Salón de Actos del Conservatorio Nacional, organizada por la Sociedad de Música * Juan Sebastián Bachs, que preside el conferenciante, el 19 de Noviembre pasado.*

En la historia de la música Schubert ocupa necesariamente—digo necesariamente, para observar el método cronológico—el período que sigue a la obra beethoveniana, y muchos eruditos incluyen su nombre en capítulo que titulan «La herencia de Beethoven», haciéndolo aparecer como uno de los agraciados con los caudales de tan pródiga herencia. — Ningún juicio lapidario basta para conocer obras de inmenso valor como la de Schubert. El camino de almas tan grandes hay que explorarlo más bien a la luz de la historia general del pensamiento de su siglo, y, lo que es muy valioso, sacudir con frecuencia del espíritu crítico esa propensión a los juicios simplistas, duros, esquemáticos, que apagan el fuego del entusiasmo con su rigidez, que hacen de la inmortalidad una lápida. Es preferible ir más allá de lo sinóptico por la sencilla senda de la emotividad pura.

En efecto, si anegándonos íntimamente en el melodismo, sobrio y variado hasta lo infinito, de su música ahondamos en los secretos de tan rica e intensa virtualidad expresiva, iremos alcanzando poco a poco una profundidad inmensurable, y entonces, maravillados, nos preguntaremos ¿hasta qué punto se presiente el goce de la citada herencia beethoveniana? ¿Hasta dónde, sin haberlo esperado, avanza nuestro espíritu entre el incesante desfilarse de tesoros que sólo de Schubert parecen provenir? ¿En qué momento la erudición que nos guía nos dejará a las puertas de un arte exclusivamente schuberiano, arte cuyos confines cada vez se pierden más a medida que creemos palparlos, como la bóveda celeste o, mejor, como los misterios del alma?

Es inútil que sigamos nuestra excursión por este camino. Schubert es prodigiosamente original en todo momento. Difícil sería hallar otro que en la música vocal lo mismo que en la instrumental surja tan espontáneamente, cual si viniera de lo desco-

nocido, de lo increado. Las grandes formas consagradas, la sinfonía, la sonata le seducen y hasta le esclavizan; mas, pronto halla la manera de vivir a sus anchas, de respirar, de emprender vuelos caprichosos dentro de ellas, de introducir canciones en teras sin palabras, "temas divinos con desarrollos humanos", que dijo Rubinstein, produciendo aquellas sonatas para piano que Schuman calificó de "larguras celestiales". En nada de esto fue imitador.

En sus pequeñas piezas para piano, mejor todavía, no tuvo émulos. Los "Momentos musicales" o los "Impromptus" no provienen de las "Bagatelas" de Beethoven; los Valses, las Marchas a cuatro manos, la Rapsodia Húngara son voces callejeras, humoradas de bohemio, expansiones del café bullicioso.

La elección de un modelo es la más alta prueba de admiración, y Beethoven fué para el autor de «El viaje de invierno» el modelo indiscutible, pero en el sentido más metafórico, más romántico si queréis, ya que Beethoven no influyó para nada en la técnica de su obra; al contrario, parece que adelantándose a las palabras de Liszt cuando decía que las creaciones del genial sordo deben ser para el músico algo como esas columnas de humo y fuego que guiaban a los israelitas en el desierto, Schubert no quiso ser imitador, ni continuador sino devoto.

Así aparece en aquella sinfonía en SI MENOR, que la historia conserva con la denominación de «Inacabada». Consta de una pequeña introducción y dos tiempos; *allegro moderato* y *andante con moto*. Escrita en 1822 y dedicada a la Unión Musical de Graz, en prueba de agradecimiento por haberle nombrado socio, fué en realidad una de las más sugestivas y geniales maneras de referir a los hombres el evangelio dulce de su vida.

En ambos tiempos de la "Inacabada" supo crear motivos de dinámica tan honda, que cuantas veces ellos se repiten y desarrollan contribuyen a diafanizar una atmósfera melódica indeciblemente pura, brillante y cálida. Contrabajos y violonchelos enuncian la introducción en el registro grave; comienza un relato de aflicciones; los violines vacilantes no se atreven a interrumpirlo con su algarabía y llegan cautelosos, con un dibujo cromático; oboe y clarinete, luego trompas y fagot se manifiestan ansiosos de obtener la palabra definitiva, la esencia de aquel relato. La segunda frase, iniciada por los violonchelos, sirve de pretexto a to-

do el cenáculo orquestal para diálogos entrecortados y hondas meditaciones.

El segundo tiempo está en MI MAYOR. Reaparece el optimismo. Schubert sabe que es inútil la protesta y en vez de rugir, de imprecator, de anonadar como Beethoven, jurga, refiere episodios, pretende olvidar. Así logra para el oyente una voluptuosidad profunda y tranquila que lo engrandece.

Antes que incrustar un genio en el pedestal de otro, veámos como se complementan.

Beethoven y Schubert significan el sacudimiento de un soplo renovador que no pretende abatir el «clasicismo», según imaginan los historiadores superficiales, sino encender llamaradas con sus rescoldos para combatir el frío del «academismo» y el «formalismo» que se cierne ya. Lo que en la literatura alemana se condensa bajo los nombres de Goethe, Schiller, los Schlegel y Tieck, está simbolizado en la música por Beethoven y Schubert. Pero cada uno de estos músicos actúa desde regiones diferentes, alejadas de tal modo que si Beethoven formó la atmósfera que iban a respirar los románticos de la música, Schubert dió el agua cristalina de sus vertientes para que bebieran. Si Beethoven es lo sublime, Schubert es lo inagotable. Contaba 13 años de edad cuando escribió una fantasía para cuatro manos; a los 15, produjo doce Minuetos y otra infinidad de obras; a los 17 años escribe «Margarita en la rueda», uno de sus más bellos Lieder y crea su estilo definitivo que ya no admite semejanza con el de los maestros predecesores. El mismo año compone hasta 145 Lieder; al siguiente 107. Un día del año 1816 compuso siete Lieder. Y la facundia no es obstáculo en él para la corrección y la novedad.

Véase como en sus manos culmina el Minuetto. Esta danza que apartándose — al igual de otras — de la forma cíclica, evoluciona desde el siglo XVIII pasando al dominio de la música instrumental, después de haber sido una de aquellas piezas cantadas con simple acompañamiento o glosa, de carácter grave, casi solemne, adquiere con Haydn movimiento y gracia; con Beethoven se transforma en Scherzo, de vida tan exuberante que sólo escuchando y comparando es posible imaginar lo que el soplo del genio consigue al penetrar en la entraña de las viejas formas. Schubert, en fin, da al Minuetto la estructura del Canon, en su tipo en *mi bemol mayor*.

Así de Beethoven a Schubert la emoción estética describe una inmensa parábola que partiendo del universo de los sonidos,

va desde lo metafísico hasta lo sensualista; desde el pensamiento heroico hasta el ensueño idílico, desde el huracán de los desiertos hasta el cénfiro de los jardines, sin que podamos precisar jamás —porqué en el mundo de lo ideal no se trazan demarcaciones— en dónde estas dos almas entrecruzan sus órbitas.

La imaginación de Schubert, modesta en apariencia, es de una audacia increíble; recorre con vuelo prodigioso el corazón y el mundo, para en una síntesis intuitiva y cabal abarcar el reino de la vida, y, procediendo a la inversa de Beethoven, viene desde lo infinito para penetrar en lo inmediato; no busca inspiración en la pitagórica armonía de las esferas sino las absorbe con deleite en los capullos de las rosas, en los cantos anónimos de las rúas, en la ficción exquisita de los poetas, y jamás teme desorientarse atravesando los senderos de tantos espíritus, como Beethoven no temió perderse en el abismo de su propia abstracción. Tal es la posición relativa de Schubert en el período post-beethoveniano.

Ahora, sigamos exclusivamente su camino.

Con él volvió para la música pura del siglo XIX su marchita primavera melódica. Fue «señor de una lira de oro con cuerdas para cada uno y para todos los sentimientos eternecidos.»

Su lira no estuvo afinada siempre en modo menor, como la de Mendelssohn, pero fué más honda y penetrante en su melancolía. Así la "Barcarola", "El Viaje de Invierno", "El Canto del Cisne", todos aquellos ciclos pequeños e inimitables una vez oídos hacen olvidar o palidescer muchas obras del período romántico. Su lira no rugió con tempestades, pero estalló en atordes para toda plenitud, la soberbia del mar o el misterio de las sombras. La sinfonía trágica o la sinfonía en *do mayor*, escrita el último año de su existencia, "Dios en la tormenta" o "El canto de los espíritus en las aguas", para voces, confirman ese poder. No se elevó hasta la grandeza gótica del estilo haendeliano; pero en sus misas en *si bemol* y en *do*, en el "Ave María", en los Ofertorios, en los Tantum ergo, puso la piedad más tierna y la religiosidad más humana. —Lira que vibró su cuerda humorística, original como todas. Haydn, el clásico, había escrito un minué titulado "El Boey"; Schubert canta a un pez, "La trucha" y luego a un "acado de bodas", trío cómico.

Veamos a Schubert en su aspecto más puro y grandioso: como creador del romanticismo lírico en la música. Ante todo lo-

gró ser el bardo indiscutible de su raza y, luego, el de todos los hombres. "Ni los pensamientos mismos se pueden reproducir con palabras", dijo el filósofo. ¿Qué diremos nosotros de la emoción de un motivo musical si es Schubert quien lo engendra? Pocos son los compositores que como él han dado significación más profunda y realidad tan perdurable a esa genialísima definición de «motivo musical» imaginada por Nietzsche cuando dijo que era «el gesto de la emoción musical», es decir algo vivo, palpitante de energía interna, susceptible de tendencia determinada, de devenir, de orientación segura hacia el dominio pleno de la expresión. Sus lieder no son glosas de valor transitorio cuya belleza mas bien reside en el poema comentado; son emanaciones purísimas del propio espíritu del músico vibrando al unísono con el del poeta, son transportes de aquella alma que se tornan aún más valiosos que el modelo literario. Fué el único de cuantos compusieron música para versos que logró cumplir a conciencia su papel de acompañante, salvando a la vez las fronteras a las que está condenada toda música mientras quiera seguir fielmente los espirales de la palabra o el gesto; y lo consiguió gracias a la variedad pasmosa de su invención rítmica, de su riqueza melódica de plasticidad temática sorprendente. Ni Mendelssohn ni Marschner ni el mismo Brahms sostuvieron con perfección tan continuada ese rol. Como ninguno, refleja así el espíritu poético de su siglo. En la obra schuberiana, Goethe está representado por sesenta poesías, Schiller por treinta y una, Klopstock por veinte, y no hemos citado a Mayrhofer, Senn, Mathisson y ochenta poetas más que colaboraron en espíritu para su obra. No intentamos forjarnos lo que hubiera sucedido si la muerte no le sorprendiera en la madrugada de su recolección. Tan grande aparece con sólo 31 años de edad, que la imaginación no se atreve a predecir el instante en que la pleamar de su genio, superando ya el nivel de la poesía contemporánea, cuyas grutas más inaccesibles habría invadido, tuviera que enfrentarse con su propio ser perdido en la inmensidad. . . .

A cada nuevo espíritu que surgía de la literatura le otorgaba una faceta nueva de ese diamante soberano de su alma. Así surgieron radiantes ciclos de lieder como «El viaje de Invierno» y «La bella Molinera».

También por sus viajes estuvo en contacto íntimo con la naturaleza, de ahí que no olvidó paisaje alguno, primavera o invierno, aires de amanecer o claridades de

luna, el fondo de las aguas o la cúpula de los cielos, murmullo de hojas, soledad o alegría y fiesta campesinas. Cantó al ruiseñor, a «la noche en el bosque», a la vida, al amor y al vino. Hablar en melodías y acordes parece más sencillo y natural a un Schubert que a cualquier otro músico, aún si se llama Beethoven o Wagner, Berlioz o Liszt. ¡Cuántas veces tuvieron que torturar sin misericordia un ritmo y retorcer un dibujo melódico estremecido hasta la contorsión para conseguir efectos pasionales o descriptivos. Schubert llegaba con recursos muy sencillos al fondo de su intención. De ahí que abordara sin escrúpulo y también sin pretensiones la música dramática. Pero no tuvo la buena suerte de hallar un libretista digno de su genio. Toda tentativa, por lo mismo, resultó inútil. Allí quedaron palpitando motivos y escenas malogradas, pero musicalmente bellas, en «Risamunda», «Los Gemelos», «Alfonso y Estrella», «Fierabrás», «El palacio del diablo», etc.

Pero Schubert no fue sólo el comentarista de los poetas, sino el lírico y el filósofo del sonido puro. «Allí donde no hay pensamiento musical no hay música sino un ruido hueco indigno de ser escuchado», dice Combarieu. Schubert se eleva a las regiones más puras de la especulación sonora en ocho sinfonías, dos oberturas, tres minués, tres tríos, cuartetos en La menor y en Mi menor para instrumentos de viento, el quinteto para piano, violines, cello y contrabajo, tres sonatinas para piano y violín, otro quinteto para cuerdas solas, etc., etc.

Su enorme fecundidad no reconoció otros límites que la impotencia física de sus manos y la brevedad de los minutos para no poder escribir más de prisa que otros seres humanos igualmente geniales.

Schubert es, en fin, para la música lo que Goethe para la literatura del siglo XIX. Pero siento la tentación irresistible de compararle a la vez, con Federico Amiel. En

efecto — no os asombréis — fué literato y filósofo. Sus cartas no palidecen al lado de otras que admira la historia literaria, y como nunca pretendió «hacer figuras» ni construir períodos atronadores, sus páginas eminentemente subjetivas, son como su música: un cristal para mirarle el alma.

Schubert hacía su diario íntimo y rozaba con delicadeza infinita la piel de todos los problemas.

Cierta día escribí: «A sentimiento ligero corazón ligero; sin embargo, muchas veces surge un pensamiento ligero de un corazón atormentado». Otro día: «La mayor desgracia de los sabios y la mayor felicidad de los locos, están basadas muchas veces en las conveniencias». — Una mañana de hambre apuntó: «El dolor aguza la inteligencia y fortifica el alma, mientras la alegría nos hace egoístas y frívolos.»

No trasladaremos sus apuntes todos, pero es justo decir que si Schubert no hubiera poseído aquella virtud por la cual sus ensueños y visiones, antes de multiplicarse en imágenes y formar claro-oscuros, dramas gigantescos, poemas byronianos en su espíritu, se disolvían en bandadas sonoras, llevando la buena nueva de su alegría o de su resignación a todos los hombres, y en especial a los humildes, Schubert, digo, habría ocupado también lugar preferente en la historia de las vidas luminosas.

Tal es la obra de Schubert, a grandes rasgos. Perdonad la timidez hija de la deficiencia, que no me ha permitido ser más claro, y, sobre todo, profundo. Pero si el caudal de sugerencias que hemos logrado apuntar engendró en mis oyentes un comienzo de admiración por Schubert y, en algunos, el deseo de conocer su obra más a fondo, mi felicidad será imponderable y eterna mi gratitud.

He dicho.

Juan Pablo Muñoz Sanz

Acontecimiento Literario

Una prestigiosa Casa que viene publicando las obras de los mejores escritores argentinos, acaba de editar **HUMAITA**, nueva novela del notable literato Don Manuel Gálvez.

Indicamos a los lectores del continente la dirección de la editorial que tiene a la venta esta obra extraordinaria:

Librería y Editorial «LA FACULTAD».—Juan Roldán y Cia.—Florida 359.—Buenos Aires

Los Malogrados

Debemos elevar un monumento a los intelectuales ecuatorianos que murieron en plena juventud

Para la revista AMÉRICA

Los effluvios germinales de primavera, al traspasar mi ser con sus inyecciones de vida, me ponen triste, más que alegre, este año. En una noche como ésta, henchida de gérmenes, perfumada de lilas, palpitante de astros, selló su supremo pasto con Madona del Silencio un hombre de mi sangre, espiritual mayorazgo de mi estirpe: César Alfonso Pástor, el joven polígrafo, incomprendido y malogrado.

Hoy, cuando su perfume de olvido han derramado doce meses, moviéndose rítmicos, como doce floripondios sobre su losa tumbal, Pástor ha venido a visitarme en esta noche de terciopelo azul oscuro impregnada de aromas y de hálitos, como aquella de mayo pasado en que penetró en la alcoba del sanatorio. Aquella que todo lo llena, me apartó desdeñosamente a mí, que estaba doblado a la cabecera del paciente enfermo y se llevó al Elegido a su sarao de todas las noches, a tener con él quien sabe que coloquios indecibles.

Pástor ha venido a visitarme. Pero no ha venido solo. Forma parte de un grupo inefable de amigos amados que ya nos habían dado el abrazo definitivo. Son los nuestros, los que se fueron en pleno flamear de la vida, los que apenas tuvieron tiempo para transmitirnos su mensaje. Yo los contemplo en su presencia invisible. Están iguales que cuando se embozaban en la tosca envoltura terrestre. Sólo están más pálidos. Están puros, íntegros y cabales en su estructura de luz. Ellos serán siempre jóvenes. No cumplirán nunca cuarenta años. Me miran y sonrían... Me miran y sonrían y me dicen sin voz y sin palabras:

"Ya vendrá tú. Ya vendráis todos vosotros. Os esperamos sin prisa. Para nosotros no existe aquel tábano que os pica las entrañas: el tiempo. Algunos de tu generación vendéis viejos ya, cuando no sois más que una plátana. Mientras que nosotros tenemos asegurada la juventud eterna..."

Yo los miro. Los miro y lloro. Me sale del alma como una espina de pena la estrofa de uno de ellos, de Ernesto Noboa, aquella que dice:

"Ya todos sois idos, todos están yertos: rostros bondadosos, labios compasivos. Llevadme vosotros, corazones muertos, que me despedazan corazones vivos".

... Son los fantasmas adorables de Arturo Borja, el que celebró tempranamente su vida negra con la muerte, de Medardo Angel, el que se envenenó con la fruta del árbol del bien y del mal; de Ernesto Noboa, aristocrático y desencantado como un Hamlet lírico; de Rafka y Luis Romero Cordero, halcones de la imagen en el cielo de nuestra Poesía; de Luis Aníbal Sánchez, el doncel iluminado que escuchó en el huerto de Flordelina la canción inmortal; de Gonzalo Pozo, el sereno idealista que, cuando más embebido estaba en su generoso ensueño, fué abatido por un empujón trágico de la casualidad; de Félix Valencia, el predestinado de la Mala Suerte; de Guillermo Destruge, el adolescente inquieto que conoció dos inmensidades: la Muerte y el Mar; y de Francisco Bustamante, el que acaba de irse, dejándonos en nuestra mano el frío de su mano lírica...

Los manes cariñosos de los nuestros nos aman, nos protegen. Cuando nos ven tristes, se vuelven a nosotros y la sombra de sus frentes, como de altas torres, cae sobre nuestras vidas. Entonces somos consolados.

Nos aman, nos aman. Y no se olvidan de nosotros.

Los que de ellos nos olvidamos somos nosotros, enfrascados en pobres materialismos, y a veces, en egoísmos miserables.

Pero es preciso asesinar al Olvido. Hay que avivar la llama de las memoranzas. No hay que dejar que se apaguen en el agua helada de nuestra indiferencia las antorchas de esas vidas, que dejaron iniciada una obra de belleza o de bien, en la perspectiva indefinida, porque les faltó tiempo para acudir a la llamada suprema, llevándose y dejándonos la inconsolable añoranza de lo que hubieran podido realizar.

La juventud intelectual del Ecuador debería tributar un homenaje pleno a la memoria de sus malogrados. Yo propongo que en un rincón de uno de los parques quiteños: Alameda, Parque de Mayo, Plaza de San Francisco, que hay que reformar volviéndole a su primitivo estado, Plaza de San Diego, o en la plazoleta que el patricio Doctor Abelardo Carrera Andrade ofreció donar para el busto de Noboa Caamaño, se eleve un sencillo monumento a la memoria de esas altas vidas truncadas.

Se me ocurre la piedra miliaria, en la que se grave la lista luminosa y tremenda de

nuestros compañeros que cayeron en plena juventud:

Arturo Borja
 Alfredo Espinoza Tamayo
 Aníbal Viteri Lafronte
 Belisario Quevedo
 Carlos Tobar y Borgoño
 César Alfonso Pástor
 Ernesto Noboa Caamaño
 Francisco Bustamante
 Félix Valencia
 Francisco Andrade Marín Vaca
 Guillermo Destruge Maruri
 Gonzalo Pozo
 Luis Aníbal Sánchez
 Luis Romero Cordero
 Medardo Angel Silva
 Miguel Angel Barona
 Rapha Romero Cordero
 Telmo Viteri Lafronte

Faltarán alguno, faltarán algunos, muy valiosos. Pongo aquí sólo a los que en este momento están en mi torno afectuosos y sonrientes

Frente a cada nombre debería ponerse el título de la obra o de las obras que nos dejaron.

Si no la piedra miliaria, puede ser el dólmen druídico: tres piedras toscas sin pulimento alguno, dos a manera de columnas erguidas y la tercera, acostada sobre ellas en su catalepsia de granito.

Puede levantarse también el obelisco egipcio en el que se historiaron las vidas de los muertos.

O la columna trunca en cualquiera de sus órdenes, sin excluir, naturalmente, la columna salomónica, tan presente en nuestra linda arquitectura colonial, y que significa la aspiración indefinida.

Piedra miliaria, dólmen primitivo, obelisco hierático, columna trunca o desenvolviéndose en espiral, debe ser en piedra de los Andes en la que se tallaron nuestros ancestros, los Caras y los Incas. (Cuidado con emplear el asqueroso y hórrido cemento).

Ese sencillo cenotafio se rodearía de flores, se vestiría de yedra, se enguinaldara de enredaderas en las que los pájaros colgarían sus nidos. Cabe él, sería dulce ir en nuestras mañanitas azules, como una campánula azul; o en las tardes moradas como manto de Nazareno, a leer a nuestros poetas. Un estante de azulejos con libros de poetas nacidos en nuestra tierra, podría estar cerca, flanqueado de algunos bancos. Allí iríamos a sentarnos, sumergiendo nuestro espíritu como en agua lustral en el rítmico verbo luminoso. Los Malogrados vendrían entonces a nosotros en ondas de milagro, a decirnos cosas tan de maravilla como ésta del inolvidable Medardo Angel:

"Señor, como Goethe no te pido
 la luz celeste con que acembras.
 Dame la noche del olvido.
 Yo quiero sombras, sombras, sombras!"

Un palimpsesto es nuestra vida.
 Dios en él escribe, borra, altera.
 La última hoja es conocida:
 Una cruz y una calavera."

Ese esenciero de piedra, guardador del aroma espiritual más puro de nuestro pueblo, que deberíamos colgar sobre el ancho pecho angosto de nuestra madre y señora, la Ciudad de Quito, costaría bien poco, tan poco que hasta nosotros, los puros literatos, lo podríamos reunir con una migaja de buena voluntad. (Yo me suscribo con lo que sea.) Pero tiene que ser con nuestro dinero, y no apelando al feo expediente de sablearle al Estado o al Municipio.

Todos los pueblos sensibles a la cultura han asentado, a la orilla del tiempo, monumentos perdurables a los militantes de belleza, a los excelsos adelantados de la guerra del Espíritu, que cayeron en la contienda que se libra todos los días entre la materia ruin y la inteligencia triunfante.

Marcella, mayo de 1929.

César E. Arroyo

LECTOR

¿Recibe Ud. el suplemento dominical de letras y artes del gran diario LA NACION de Buenos Aires?

Solicite una suscripción y estará usted enterado del movimiento cultural del mundo.

POESIAS

(De «Sinfonías del Sur»)

Lección de optimismo

Hombre triste: qué tiene la vida
de fiera, de mala?
Si tienes alguna quimera florida,
cúrate, sé fuerte, despereza el ala,
que para los vuelos es amplia la vida!

Sinfonía campestre

Claro día de junio! Se me antoja
el collado una cinta gualdirroja,
y un gran tapiz de terciopelo el llano;
un florón de esmeraldas el plantío,
una pulcera diamantina el río
y un inmenso acordeón cada pantano.

Del pétreo corazón de las laderas
brotan aladas turbas cancioneras;
sueñan los campos, vírgenes de ortigas,
y libre del flagelo de la lluvia,
ríe el maíz su carcaja rubia
por las bocas en flor de las espigas

En la vega cordial que el río baña,
trabaja la peonada: desmaraña
uno la fronda inculta, otro desmiembra
un árbol viejo que mustió el verano,
y otro prolonga en la amplitud del llano
la promesa fecunda de la siembra.

Bajo el róseo docei de los bocares,
que emocionan eglógicos cantares
y empurpura la lumbre matutina,
el opulento bananal se inclina
del pajonal sobre la felpa gualda,
como abatido por el fento opimo,
y al capricho solar cada racimo
sueña un lírico estuche de esmeralda.

Orillando los sotos del sendero,
pasa el recio pastor de faz bronceada
pasitroteando en su bridón llanero,
cuyo relincho es una clarinada!

Una muchacha rústica, decora
el alegre paisaje ribereño
que la luz matinal calienta y dora:
en su rostro risueño
el candor de los campos se retrata
con ingenua ternura;
y su boca me da la visión grata
de la guinda madura.

Ah! con cuánta emoción y qué cariño
vuelvo a mirar estas campestres cosas
que viví cuando niño:
el plantío, la flor, las mariposas,
y, de la loma en el azul corpiño,
el temblor de las rosas.

Bien lo recuerdo ahora: Fue el primero
y el más jovial deleite de mi vida,
contemplar la campiña florecida
bajo el sol mañanero.

Irme después por el floral camino,
soñador y sincero,
a escuchar las canciones del boyero
y la sirena lírica del trino.

Avisorar los altos bucaresales
en busca de turpiales;
y, sin neurosis ni literatura,
sentarme a contemplar en la espesura
el florecer de los cañaverales!

No sabía yo entonces, que en mi inquieta
psicología soñadora estaba
en gestación el alma del poeta!

Ignoraba el misterio, e ignoraba
esta dulce emoción que hoy me sorprende
al tornar a mis campos florecidos,
causado de locuras y de amores.

La llanura feraz de sol esplende;
y los ramajes puéblanse de nidos
y los plantíos llénanse de flores;
y yo recuerdo mis amoresidos
y mis años mejores!...

Credo

Ni dolor ni ventura, nada debo a la vida:
cinco lustros tan sólo le podía deber,
pero yo le he pagado cada hora florida
o amarga, tan sólo con el hecho de ser.

Ni le adeudo dulzuras, ni le cobro la herida,
ni maldígola en duelo, ni la alabo en placer:
voy corriendo por ella como el agua perdida
que al correr ha cumplido su más alto deber.

Y la planta y el río y la flor y el viento,
a mi barro le cobran lo que dan de alimento,
pues mi vida es para ellos desde el día en que fui.

Tal, que soy factor fuerte de la Gran Armonía,
pues si al Cosmos soy útil porque soy energía,
la Dinámica Eterna necesita de mí!

Caracas, Venezuela.

J. M. Rondón Sotillo

AMERICA PARA EL MUNDO O AMERICA PARA LOS AMERICANOS?

LA misma pregunta es ya su respuesta. Nadie se hubiera atrevido a preguntar una cosa así hace cuarenta años. Entonces América era y debía ser para los americanos.

Pero quién duda ya ahora! Porque, en primer lugar, ¿quiénes serían estos americanos: ¿los de ayer, los de hoy, o los de mañana? No los de ayer que ya son idos, no los de hoy que no desean continuar como están... han de ser los de mañana, que quiere decir los que vendrán en el futuro, y éstos serán todos los hombres del mundo entero que buscarán en América su salvación.

Primero vendrán los hambrientos de hambre y sed de justicia, después los que buscan sólo un pedazo de pan. La línea de batalla de la humanidad está todavía en la frontera del hambre. La inmensa mayoría de los humanos, como en el tiempo de los cazadores de la edad de piedra, persiguen desesperados algo para vivir día por día, que hoy es la moneda de un jornal.

Sólo unos cuantos están a cubierto de la necesidad y pueden pensar, sentir y gozar de la belleza del mundo. Los demás, los ojos fijos en un mendrugo seco, ven en cada hombre un competidor. La miseria de su vida los hace feroces, desconfiados y cobardes. Todo cambio, toda mejora amenaza con sufrimientos y más hambre.

Antes el hombre creía que debía ser esclavo por nacimiento o por conquista; no razonaba para comprender sus derechos y sus deberes. Hoy es esclavo de sí mismo, de su propia cobardía. Nadie se atreve a proponer el alumbramiento de un mundo mejor.

Dentro de un siglo la humanidad ya no necesitará a América. Con una mejor organización social los viejos continentes podrán alimentar también sus gentes hoy hambrientas. Pero en esta hora trágica América no puede negarse lo único que se pide de ella, que es ella misma.

Por fortuna América no tiene todavía nada que dar más que su original desuidez. No tiene una estructura política con fronteras de odios seculares, no tiene una religión suya exclusiva, no tiene una tradición milenaria que haga inasimilable al recién llegado. América puede ser todavía lo que se quiera y será en realidad el *Nuevo Mundo* para toda la humanidad.

Al verterse sobre América el mundo entero desaparecerán algunas cosas pintorescas que hoy nos parecen el alma de América. Pero muchas de ellas son reminiscencias de una humanidad primitiva. Ya los egipcios usaban el lazo y las bolas. Crecerán ciudades en los páramos, los ríos se encausarán, no se matará más ganado sólo para aprovechar el cuero, los cóndores desaparecerán... Será para algunos un dolor nuevo, una pérdida, un sacrificio. Pero, recordemos la gran ley del espíritu: sólo el que se pierde se encuentra y sólo en que se da se recobra con creces.

Los que vendrán a América encontrarán el alma de América o mejor dicho ella se encontrará en ellos. América es todavía un enigma para sí misma. Al llegar a sus playas los nuevos americanos comprenderán enseguida las causas del dolor y del hambre del viejo mundo que han dejado detrás: también en América hay hambre, también en América el peón macilento y el indio taciturno miran envidiosos a unos cuantos (también en América contados) que pueden satisfacer su necesidad... Pero mientras en las tierras viejas el mal parece provenir de un exceso de gente, en América prosperidad y abundancia vienen con el aumento de población.

No hay que repetir pues los errores del viejo mundo; hay que organizar primero América, y el mundo entero después, a la manera americana.

¿Y cuál es esta manera? No la vida colonial, que era un feudalismo tan anacrónico hoy, como el lazo y las

bolas. No el régimen de los generales que deban concesiones a clientes y amigos. No una democracia gobernada por un parlamento que se reelige a sí mismo... No, ni aún la aparente libertad del aventurero que destruye bosques, esquilda la tierra con un cultivo absurdo y es víctima de sus propios errores, después de haber estropeado la herencia de futuras generaciones.

No; en la tierra del porvenir, que será América, el trabajo será distribuido según la capacidad de cada uno y los productos según las necesidades. En América el hombre vivirá como hombre no como fiera hambrienta. Todo lo que el hombre pueda dar con sus facultades todavía inexploradas lo

dará aquí; no es sólo la tierra la que será joven en América sino el hombre también. Con el sentido económico de los tiempos modernos, con los recursos científicos actuales... sin anclas en un pasado, sin lastre de una despiadada casta de gentes establecidas que no quieren cambios. América será americana el día que crea que deja de serlo y cuando piense que se sacrifica abriendo sus brazos a toda la humanidad y dejando que la explore a la manera moderna.

Los Angeles, U. S. A.

J. PIJUAN

Alegría de tu voz

Tu voz me inunda como un agua fértil;
puebla mi sombra de lucientes mundos.
Venturosa tristeza es esta ronda
celeste de pensamientos nocturnos.

Han descendido nubes a servirme de lecho;
te escucho como un pájaro y hoy canto con amor.
Te han enseñado mucho las tardes sin palabra;
quero ser el discípulo amado de tu voz.

¿Eres, acaso, el ángel que detiene los vientos?
¿Mueve tu voz los astros?
El día que me hablaste corrió un aire remoto;
se trocaron los climas y hubo signos extraños.

Ha de llover, después, en tierra y mar
cuarenta noches y cuarenta días.
Me salvaré en tu voz sobre el agua creciente.
Tu voz será una barca con las velas tendidas.

González Carbalho

La Filosofía del Silencio

INDUDABLEMENTE el silencio es el imperio de las voces más sabias, de los sentires más hondos, de las armonías más sublimes. Nace en el cerebro un pensamiento y, como la chispa que se escapa del yunque del forjador, llega al receptáculo del corazón, que es la fragua purificadora de las ideas, y allí se queda vibrando con la intensidad de cien cuerdas polifónicas, si la voluntad no abre el canal que ha de conducirlo a la sedosa punta de los labios. El pensamiento oculto en el corazón es música silenciosa que se riega, que se infiltra como agua maravillosa en las profundidades recónditas del hombre: música o lenguas invisibles de fuego que van lamiendo y purificando el alma. Sentir que el cuerpo tiene la virtud de quemarse como el incienso en las fogatas armoniosas de la orquesta del universo, es una felicidad sin término: ventura alcanzada por los seres alejados del vulgo, de la mediocridad que ha hecho de la boca un instrumento vil como si la palabra fuera mercadería barata y al alcance del más fatuo mequetrefe.

La sabiduría de los hombres no está en dar al viento el mefluo tesoro de las palabras. Cada sonido, cada frase bien nacida es semilla que si cae en el surco fecundo de un corazón, ha de ser flor y fruto sustancioso. Cuando derrochamos un raudal de palabras, tenemos el convencimiento de que estamos sembrando fructífero grano en pecho generoso y fértil? Los hombres hemos aprendido a hablar tanto que, para máquinas parlantes tenemos poco precio. Los artifices de las palabras gustan conservar en el crisol del alma, o en el silencio de un libro, el tesoro de un pensamiento puro. Y ofrecen la sapiencia de sus palabras a los hombres buenos por la elocuencia de sus ojos soñadores, sabios por el silencio de sus labios, nobles por la grandeza de sus sentimientos. Si no hay en su camino diario un ser digno de su palabra, su alma se elevará hasta el cielo y en el mundo de los planetas y en la eternidad de los misterios será un himno loando las maravillas de la naturaleza y de su gran corazón. El día, el éter, las estrellas, maestros de todos los silencios, maestros elocuentes de sabias enseñanzas, hablan más que cien bocas agitadas por el aguijón venenoso de la ignorancia petulante y con señorios de monarca. —Si la maldad tiene su dios,

Satanás—, justo es que los lenguaraces tengan sus dominios hasta en el pico de los loros.

Estoy por creer que la vulgaridad y medianía de los hombres se han adquirido con el derroche de fútiles palabrerías. Han faltado oídos para acatar el consejo de los sabios: «Hablad poco y pensad mucho.» El pensamiento ennoblecido en los incendios del corazón, es música inefable en los labios, música que a manera de un chisporroteo va hablando el alma del que escucha de apoteóticos resplandores y sinfonías. Pero si el sentimiento y la inteligencia no se exteriorizan en los labios, no está de más que ese tesoro interno se riegue hasta anegar el silencio de su creador. El silencio ha sido siempre el mundo fabuloso de los tesoros más asombrosos del ingenio humano. El hombre ennoblecido a fuerza de pensar hondo y con entereza se da a la humanidad como el agua a la sed, como el perfume al olfato, como el día a los ojos.

* * *

Un sabio, después de recorrer al mundo, regresó un día a su morada y no volvió a salir más de ella. Eligió a dos de sus mejores servidores, y, luego de darles órdenes severísimas, terminó:—«En esta casa no viven sino ustedes. Yo he muerto para las gentes...» Cuando su familia y amigos intentaron hacerle quebrantar tan dura decisión, se afirmó más con estas palabras: «He buscado el mundo. Y he sabido encontrarlo.—Ardua y fácil tarea.— Ahora, el mundo es quien debe venir a buscarme y sólo me hallará en la santidad de este recogimiento...» Y desde aquel día nadie volvió a ver al hombre querido por los pueblos que le vieron pasar como un visionario regando en sus almas atormentadas el rocío sapiente de sus ideales.

¿Qué hacía este viejo misántropo en el aterido silencio de su morada, requerido por las miradas escrutadoras de sus servidores, halagado por la ingenua mansedumbre de su perro y cohibido por el divino silencio de sus libros? Pensar, pensar y pensar. La humanidad necesitaba el oro iridiscente de sus enseñanzas para enjorar la obscuridad de su alma frívola y venal.

Su hermano le recriminaba, un día, por el desamor a los suyos, por el sacrificio inútil

de su vida y le tentaba con los placeres que la sociedad había inventado en horas que la bestia del dolor estéril o el vampiro de la vulgaridad hacían de sus vidas pequeñas y absurdas, el festín diabólico de sus iniquidades. El hombre desplegó sus herméticos labios y, con suave y pausada voz, contestó:—Que yo vivo en la sombra de la muerte? No, hermano mío. El universo está muy cerca de mí. Su alma diáfana y eterna, que me abriga como un manto de lumbre, es el paraíso de mis horas. En su alma grandiosa, infinita, nacida de Dios, de los hombres y de las cosas, siento palpar vuestra alma. Nada puede cerrar las puertas de mi corazón... Por ellas entran libremente la sombra de los pesares o los querubenes de la felicidad. En la paz de este recinto, aquí, en el santuario de este pecho, he logrado encerrar el alma tu multuosa del universo. Yo escucho enternecido o triste la voz de sus locuras. Y hasta parece que siento entre mis manos acariciantes su cabecita febril y alocada. Y si él sufre, yo soy su lamento, y si él goza, yo soy su sonrisa... Apartadme de este silencio purificador y noble, y mi vida se extinguirá como una nube...

La expresión del filósofo venía justa a la razón. Si ya no escuchaba la vocinglería atolondrada de las gentes, en cambio, el silencio, la meditación, el estudio le habían traído las voces perdidas en las tinieblas del pasado, los gritos confusos del presente y el sollozo infantil del futuro. Estas voces llegaban a su alma en un caos de sombras y de extraños centelleos, con vociferaciones de triunfo y estertores de fracasos, con ayes de dolor y risas de placer: un aluvión de sonidos ininteligibles e inauditos que invadían como las aguas vaciadas repentinamente del cauce de los océanos, la frágil armazón del hombre extraordinario, donde se estrellaban vencidas y humilladas. Era invencible la roca poderosa de su espíritu clarividente.

Y después de sentir palpar en su interior el alma de la naturaleza, desde el roce sedoso de los céfiros hasta el ruido aterrante de los planetas que ruedan confusos en los cataclismos siderales, quedaba persistente en su sér el delirio de las pasiones humanas. Y el filósofo, como buen alquimista del sentimiento y la palabra, recogía cuidadosamente las piedras preciosas de las virtudes para engastarlas sabia y artísticamente en la diadema del mundo y en el libro de sus meditaciones y enseñanzas, que pronto sería para los pueblos una antorcha más para su salvación.

Un día sintió que su materia calcinada por el fuego de su vida intensa pedía des-

canso en el olvido de las cenizas. Llamó a los sayos. Cuando todos le rodeaban enmudecidos, con la angustia cristalizada en los ojos, con el dolor sollozante en el corazón, les habló de esta manera:—Perdonadme, amados míos, el silencio de mi voz para con vosotros. Pero agradecedme, en nombre de la humanidad, el legado que os dejo como el mejor de los tesoros. Allí, en esos manuscritos quedan encerrados los pensamientos y las virtudes de los hombres. Abrid cualquiera de sus primeras páginas y pasad vuestra atención sobre algunas frases que serán una base para la cultura y sabiduría de los pueblos: «Hombre, la palabra es el don de los dioses. Degeneraría es un crimen. Ennoblecía es un deber y una virtud. La palabra ha de ser como el sol: luz y vida. La palabra es el espíritu de Dios hecho armonías en la boca de los humanos. Sed la continuación de los dioses por la virtud de la palabra...» Y después de larga pausa terminó:—«Amados míos, nunca dejé de pensaros. Siempre os amé con todas las potencias de mi alma y os seguiré amando desde el gran imperio de los espíritus...»

La última vibración de la vida se estremeció en sus descoloridos labios. El alma diáfana y noble salió por ellos como un orto nunca presentado. El barro, vencido y anodado, quedó inerte, con el dolor y la miseria de los cuerpos que se hunden en el misterio de las cosas.

* * *

Si este gran pensador hizo de la soledad el paraíso de los mejores días de su vida, ¿por qué nosotros, alguna vez, no hemos de buscar en él la voz de nuestro interior que sólo se percibe, clara y precisa, en el silencio de los labios y en el incendio de la inteligencia? ¿Por qué no hemos de ampararnos en el seno cariñoso de su sabiduría: mundo y gloria de los hombres cuerdos? ¿Qué nos impide oír las voces secretas del universo que se hace ritmo en las voces sabias? ¿Cómo podríamos imitar el silencio elocuente de las cosas! Sabio silencio: palabra de Dios en éxtasis eterno. Ritmos milagrosos que se derraman sobre el mundo: cual las rubias cataratas del sol.

Un árbol es muchas veces más elocuente que un mortal. Escondido allá, entre las breñas o los cerros, y olvidado de todos, está dando al mundo el canto de su verdura y de su forma. Dialoga con el viento y las cosas que le rodean. Sus hojas bruñidas y olorosas son lenguas para hablar con el cielo, con los astros, con el aire que se aferra a sus

miembros con la fiebre de una amante seducida. La savia que sube por la piel verdosa de su cuerpo, es la idea, la palabra, el sentimiento elaborado en las entrañas de la tierra y purificada en el corazón de sus raíces; savia que florece en terciopelos y perfumes, savia que se da en fruto para mitigar la sed o el hambre. ¿Habéis visto un cuerpo inanimado y prodigioso como un árbol? Este ser vegetal y generoso es la sangre y el espíritu del silencio, y como hijo legítimo del silencio, es sabio y humano. . . Sed como los árboles que sin alharacas vanidosas da a la vida el fruto generoso de sus entrañas.

Habéis dialogado alguna vez con el descanso de la noche y el lírico temblor de las estrellas? No habéis interrogado cómo el argentino chorro de un lucero llega hasta vuestro corazón, vaso para todos los luminares y para todos los perfumes y para todas las esencias, vaso como el espacio: infinito? ¿No habéis tenido la ventura de sentir en vuestras entrañas insondables la palpación del alma dorada y centellante de los amaneceres y de los ocasos? ¿No habéis observado el titular de un lucero en el raso azul de los espacios? Ese lucero callado, melancólico es un enamorado perdido de la tierra. Y su gran amor silencioso tórnase en luz que desciende a besar el dulce objeto de sus delirios y locuras. Ese lucero que por el amor tiene el milagro de la luz, celebra la gloria de no poseer la palabra para expresar sus sentimientos profundos como el espacio. Le basta la voz de su luz, y con ella se siente feliz como un mortal. Oh si los hombres imitasen la sabiduría y el amor del lucero. No serían tan apegados a las miserias de la tierra. Nuestra alma, nuestros mejores pensamientos andarían sin arrastrarse por el fango, y como él, derramando en el cielo de nuestra vida el sabio fulgor de nuestra grandeza espiritual.

Es un libro lo que tienes en tus manos. Qué cuerpo tan inanimado. . . Pero si abres sus páginas y tu inteligencia va descifrando las voces encerradas a manera de un raro encantamiento en esos menudos caracteres, el tiempo te vendrá estrecho, seguramente. Es tan grato sentir cómo van poblando la cabeza e invadiendo el corazón el tropel armonioso de sus sonidos maravillosos. Si el libro es un poema, qué placer inefable para tu alma sensitiva y dulce; si el libro es la protesta de las virtudes, cómo se encenderá tu alma: nueva llama que a manera de un águila soberbia levanta en su pico la serpiente del mal para despedazarla en la roca de su venganza santa; si el libro es la voz sabia

del moralista y el filósofo, cómo se regocijará tu alma en el agua tonificante de sus enseñanzas o en el effluvio de sus luces divinizantes.

Qué mago tan prodigioso es buen libro. Callado, solitario como el sabio de nuestro cuento, pero elocuente y sublime como la voz de su gran corazón y de su vasto entendimiento. El hombre debe ser como un libro: silencioso para las muchedumbres ignoraras, sabio y prudente para las colectividades estudiosas y cultas. Un buen libro no tiene más voces que las necesarias para ennoblecir una vida. El hombre ha de ser un libro abierto para todos los ojos y para todas las almas sedientas de saber. En él se han de imprimir las frases que son para el espíritu una zafra de fuego o un chorro de agua fresca y pura. El que deja en un libro la obscuridad de su alma perversa, clava en el pecho de la humanidad el puñal fratricida. Además, las palabras se han de dar medidas al ritmo justo del corazón. Una, dos, tres, diez, veinte palabras que soben del alma y se revientan como pomos de perfumes en los labios, pueden hacer la felicidad de una nación.

Si las cosas que nos rodean, desde la humilde piedra hasta el insecto que por la noche es una linterna diminuta, desde el roble majestuoso hasta los horizontes eternos; si las cosas inanimadas o sensibles, que son los pensamientos del Creador hecho carne y lumbré, enseñan al hombre a callar y pensar, por qué traslucir los incendios de la inteligencia, que como el alba fulgura en el firmamento del espíritu, a los oídos toscos de los necios que tienen en poco la virtud de la palabra? No hagamos la boca una piltrafa cancerosa. No hagamos de la lengua el trapo inmundado de la gleba. En los labios ha de nacer como nace en el firmamento la palabra de Dios hecha centellas, la miel transparente de las palabras lícitas y puras.

El hombre que sabe de los milagros del seno augusto del silencio, que es el laboratorio para extraer el oro de las palabras y los sentimientos, ha de ser por fuerza un pequeño universo. . . El hombre que por las virtudes del silencio siente latir en su ser el alma de las cosas y de los humanos, se ha de elevar como un astro para derramar en el mundo la luz de su sabiduría.

Seamos sabios como el silencio, fuertes como el tiempo, útiles como la luz. Y terminemos con el filósofo: hagamos de la boca el incensario de las virtudes. De ella se ha de elevar el incienso de las palabras nobles.

Alfredo Martínez

HISTORIA CLINICA Y AUTOPSIA DEL CABALLERO CASANOVA

Véase la entrega anterior

Decepción de la mujer

PERO no es esa precisión de cambiar de temas que el instinto no sabe agotar, la sola razón de la vagabundez del Don Juan. Hay otra importantísima; y es que el interés que él, a su vez inspira a las mujeres, deslumbra al principio, como las centellas de un fuego artificioso, pero después, rápidamente se agota. Claro está que un Tenorio puede inspirar ocasionalmente pasiones duraderas; y la historia, real o imaginada, de muchos de ellos abunda en ejemplos de estas mujeres que guardaron para siempre no sólo el amor incólume, sino la fidelidad a su memoria, a través de todos los desengaños. Pero obsérvese que casi siempre se trata de las enamoradas que no llegaron a gozar de sus favores o que a lo sumo recibieron de él una caricia furtiva. Enamoradas por lo tanto de la ilusión, que es el amante para el que el corazón femenino guarda su máximo fervor. Mas las víctimas auténticas del Tenorio, es lo común que conserven del burlador un recuerdo amargo; y lo que es peor, una infinita decepción.

La misma decepción, casi fisiológica, que el hombre siente por la mujer físicamente codiciada en cuanto la curiosidad de los sentidos se agota, la misma, pero infinitamente mayor, siente la mujer que se entregó al Don Juan, cuando éste toma de nuevo la capa y el sombrero y por el balcón o por la puerta se aleja para siempre. Porque la mujer al entregar al hombre su cuerpo, muchas veces da todo lo que se le pide. Mas ella, en cambio, por poco normal, por poco alejada que esté de la clientela habitual del burlador, busca siempre en el hombre, tras el reclamo de las apariencias físicas, el amor duradero y protector que da la verdadera varonía y que el Tenorio no puede dar por imperativo de la naturaleza.

En un medio social limitado, la potencialidad burladora de Don Juan acaba, en suma por agotarse pronto. El es, hérito de sexo, tan desarrollado en la mujer (infinitamente más que en el hombre), alza sus puentes levadizos y pronto queda nuestro conquistador reducido a sus profesionales, ciudades siempre abiertas, que naturalmente no le interesan ya. Y se va entonces a tierras extrañas, llevando como heraldo a su prestigio donjuanesco, que es siempre más veloz y más ruidoso que el dolor vergonzante que deja en pos de sí.

He aquí por qué viaja Casanova; esto es por puro donjuanismo.

El desdén de la mujer por Casanova

Habíamos de la decepción—y a la larga de la hostilidad,—de la mujer frente a Don Juan. Es un fenómeno muy común que es fácil observar directamente en las víctimas de los tenorios de mayor o menor cuantía. El encanto momentáneo del burlador jamás va seguido de estimación; y muchas veces se trueca en odio auténtico así que cesa la sugestión primitiva.

La explicación de este fenómeno es bastante simple y ya ha sido esbozada en las páginas anteriores. La libido, por sí sola, es una fuerza violenta, pero eminentemente fugaz. En esta fugacidad reside su esencia; y también gran parte de su encanto. Pero, además, del placer inmediato la conjunción de los sexos puede engendrar otros dos órdenes de frutos lejanos y trascendentales que son los hijos y el amor. El amor verdadero, la amistad amorosa, la más excelsa forma de la afección intersexual, sólo existe cuando se ha pasado la prueba carnal de la cópula. En ella se funden, como en un crisol, enamoramientos que parecían infinitos; y en ella se forjan, en cambio, los afectos perennes que desafían y vencen al tiempo y al monstruo de la intinidad.

El acto sexual primario es sólo una añagaza de la naturaleza para que el hombre y la mujer afronten, con los ojos vendados por el deseo, los dos arduos problemas de la convivencia sexual y de la paternidad. Pero la posición del varón y de la hembra es muy distinta frente a estos problemas. El hombre, por motivos de injusticia palmaria pero que se imponen en la realidad, se acerca de cada diez veces, ocho, a la mujer con el cumplimiento del deseo como única aspiración. Mientras que en la mujer, el goce sexual primario es, como todo el mundo sabe, un simple trámite previo, generalmente poco emocionante, para conseguir los fines secundarios, la procreación y la convivencia amorosa con el hombre. Hasta tal punto es esto cierto, que la fruición carnal es muchas veces en la mujer, tardía, posterior a esos frutos secundarios de la conjunción, y aun puede no presentarse nunca, sin que la hembra deje de ser por ello, perfectamente normal.

Por todo esto, el Don Juan, que es incapaz de crear ningún sentimiento durable y que es casi siempre infecundo, representa

la máxima desilusión para las mujeres, cuando van a él empujadas por la rectitud del instinto y no llevadas por el afán decorativo de poder decir que han sido las amantes de un Don Juan famoso.

Este fué el sino de Casanova. Legrás comenta que nuestro caballero «no conoció nunca la verdadera amistad»; y el que no sea capaz de tener amigos entre los hombres, jamás podrá unirse a una mujer por una afección profunda. Salvo algún caso de curiosidad meramente intelectual, ninguna de sus amantes de un día le sigue en su desgracia ni endulza la trizeza de su ocaño en el castillo de Dax, donde le recogió la caridad del Conde de Waldstein. Y aun después de su muerte, prosigue la indiferencia y el rencor, difundido ya a todo el sexo hasta el punto que Uzanne, su máximo panegirista, se pregunta lleno de extrañeza y de sinceridad: «¿Por qué las Memorias de Casanova no provocan en las lectoras actuales más que desdén, fastidio u hostilidad?» «Los librereros—añade,—nos lo confirman.» Y nosotros hemos podido corroborar la observación en una gran biblioteca española en la que los ejemplares de esta obra no están nunca quietos en su estante; pero casi nunca en manos de mujer.

Y es que el donjuanismo, consentido, celebrado y aún glorificado, representa el agravio más grande inferido al sexo femenino. Mientras exista el mundo seguirá habiendo donjuanes y mujeres que se arrojen a sus pies. Pero la debilidad de una hora será horrada en cada hembra burlada, toda la vida. Y el sexo entero llevará la cuenta de las caídas para vengarlas con su desdén colectivo, en estas formas inesperadas.

Uzanne insinúa, a pesar de su casanovismo, otra sugestión para explicar el fenómeno. «¿Parecerá Casanova—se pregunta—fabuloso, irreal, a sus lectoras? ¡Habrá existido, en efecto, un tal supermacho!» Probablemente esta hipótesis nos acerca todavía más a la verdad. Lo que la erudición de los comentaristas sólo alcanza a conjeturar, puede adivinarlo el instinto del sexo. Y luego veremos que en esta como en otras ocasiones el instinto no se equivoca.

Donjuanismo y juego

Casanova era también, como casi todos los tenorios de pura sangre, un impenitente jugador. Hay dos razones para esta coincidencia entre el juego y el donjuanismo; una psicológica y otra práctica. La razón psicológica es que las mismas cualidades del jugador son las cualidades óptimas para el conquistador de mujeres. El capricho y no la razón guía a uno y otro; y se habitúan a concentrar en un trance, regido por la ventura más que por el propio esfuerzo, el porvenir momentáneo de su bolsa o de

sus sentidos hambrientos. Mujer o fortuna logradas por el azar no llevan consigo más emoción que la procurada al obtenerlas; y así, sin pena y sin gloria, se van como han venido. Don Juan Tenorio y Don Luis Mejía dan la suprema expresión a esta semejanza, apostando a los dados las novias respectivas.

La razón práctica que ayuda a explicarnos por qué casi todos los tenorios son jugadores, es también muy sencilla; el conquistar mujeres es un oficio caro. Las víctimas del Don Juan, es cierto que muchas veces suelen entregarse voluntariamente, y aun algunas darían su hacienda para gozar de sus favores. Pero, con todo, nuestro héroe tiene que sobornar, tiene que viajar, tiene que llevar una existencia fastuosa; y al lado de esto ni tiene tiempo ni aptitud para el trabajo creador y productivo. Por ello el Don Juan es siempre un hombre rico por su casa y cuando no, un caballero de industria como Casanova.

Rebelión contra la Ley. Bellaquería de Casanova

La rebelión contra las leyes es otra de las características donjuanescas; y en opinión de muchos uno de los motivos de su auge popular. No lo creemos; porque sólo alcanzan popularidad las rebeliones generosas, aquellas que con detrimento de la seguridad personal tratan de conculcar las leyes que los hombres han establecido, no para servir a la justicia inmanente, sino más bien para el propio provecho de los que las inventaron. Este fué el tipo de la rebelión de Cristo; y a ella se debió la fuerza súbita y formidable de su doctrina. Nada tienen que ver con esta suerte de santas rebeliones, las de Don Juan. Don Juan jamás sintió la sed de justicia. Atropella las leyes simplemente por que se oponían a su desenfreno; en el fondo es la misma rebelión estúpida de los señoritos juerguistas que pegan a los guardias cuando les invitan a no escandalizar.

Don Juan Tenorio dice textualmente, como uno de los rasgos esenciales de su autortrato: «yo a la justicia burlé, etc.» He aquí las mismas palabras en boca de Casanova: «Volví a mi patria seguro de mí mismo, aturdido, no amando más que el placer, imprevisor, hablando de todo, alegre, atrevido, forzado, burlándome hasta de mí mismo y de todo lo que me venía en gana faese profano o sagrado, jugando en grande, sin distinguir día ni noche, sin respetar ni aún el honor que todas horas nombraba más por orgullo que por sentirlo, dispuesto, en fin, a violar todas las leyes que me impidiesen lograr mis caprichos». Enumeración edificante de rancia estirpe donjuanesca.

Hay, sin embargo, que reconocer que Casanova es uno de los más rufianes entre todos los Tenorios. El Tenorio clásico, el español, es desde luego un canalla; pero un canalla de alto bordo. Para las fechorías menudas, las de escaleras abajo, le acompaña siempre un bellaco asalariado: Catilina, Signarelli, Ciutti. «En Casanova—dice ciertamente Maurice Rostand,—Don Juan y Signarelli se reúnen en una sola persona». Este exacto comentario—el único, por otra parte, que se encuentra en el enfadoso libro de Rostand sobre Casanova,—define mejor que nada a nuestro héroe y marca su diferencia, diferencia secundaria, con el verdadero Don Juan; por lo menos con el Don Juan español; y a esto se debe, a mi juicio, en gran parte el desvío de nuestro público por Casanova a pesar de su origen aragonés, del pergeño español de muchos de sus rasgos y de haber transcurrido en España una parte muy interesante de sus aventuras. Es la misma razón por la que Tartarín no tuvo nunca popularidad entre los lectores españoles. Daudet quiso hacer de este personaje, según su propia confesión, algo de Don Quijote y de Sancho en una sola pieza. Y sin duda nosotros preferimos que cada cual cumpla su papel. Reñemos y perdonamos sus bellaquerías al escudero; pero no se las consentimos al señor.

Arreligiosidad de Casanova

No es esta sola la diferencia que separa a Casanova del Tenorio español. Hay otra más trascendental, por lo menos en el concepto popular. Me refiero a la indiferencia religiosa del aventurero veneciano.

Nosotros hemos visto nacer a Don Juan bajo el signo de dos estrellas: la del amor y la de la religión y no podemos olvidarlo. El Don Juan de Tirso, hijo literario de un fraile dueño en amores, espeluzna a las gentes tanto por su despótica tiranía sobre la mujer, como por su actitud rebelde ante la ley divina. Es, desde luego, un impío y un blasfemo; pero, como todos los impíos, está lleno de la preocupación de Dios; y cuando blasfema, lo hace bravateando su propia religiosidad, para erizar los cabellos de los apacibles vecinos de Sevilla.

Don Juan, a última hora, está siempre dispuesto a arrepentirse; y sólo depende de un azar el que se condene, como en Tirso o en Molière o el que se salve, como en Zorrilla. Otro de nuestros más ilustres donjuanes, el Marqués de Bradomín, de Valla Inclán, es decididamente «católico, feo y sentimental», apesar de ser tan moderno. Los mismos donjuanes franceses están siempre llenos de

inquietud religiosa; y cuando no, se hacen espiritistas, como el de Lenormand. El Don Juan incrédulo es de otra raza: inglés, como el de Byron; o de las latitudes septentrionales, como el pintado recientemente—¡y con qué acierto!—por Michaelis, por cuya agonía de una semana no pasa ni un solo instante, la sombra de Dios.

Casanova, tan meridional en muchos de sus aspectos es, sin embargo, un Don Juan arreligioso y escéptico. En sus primeros tiempos de abate, sus hábitos fueron sólo un disfraz del que procuraba aprovecharse para sus ambiciones, amorosas o no. Después, durante toda su vida, su espíritu, eminentemente centrífugo, no se busca a sí mismo una sola vez; con lo queda dicho que no encuentra jamás a Dios. No se preocupa para nada de la otra vida; preocupación esencial en el Tenorio español. Sólo en plena vejez aparece en una de sus cartas la confesión incidental de que morirá como un caballero cristiano; pero se hecha de ver que se trata tan sólo de una más de sus redondas mentiras.

Narcisismo de Casanova

El desprecio que sentía por la mujer pasado el impulso momentáneo del instinto; su desesperación cuando sintió el advenimiento de la ruina física; la indignidad y el servilismo con que se humilló, al sentirse declinar ante sus enemigos de antaño (léase por ejemplo la carta escrita en 1781 a los inquisidores venecianos), y varios rasgos más, podrían ser objeto de comentarios interesantes en pro de la tesis donjuanesca de Casanova. Insistiremos solamente en su narcisismo.

El Tenorio incurre, en efecto, en el vicio, característico para su contextura psicológica, de la propia adoración. Ya hemos aludido anteriormente a este extremo y hemos visto la importancia que tiene para el desarrollo de su poder magnético; que se basa muy primordialmente en el sentimiento de la propia irresistibilidad, engendrado en el narcisismo.

El narcisismo de Casanova es flagrante; acusado tal vez como en ninguno de los demás donjuanes de la historia. De cada capítulo de sus *Memorias* pueden extraerse manifestaciones inequívocas a este respecto; y lo mismo de sus otros libros y documentos privados, dados a luz por sus comentaristas. Copiaremos dos solamente. En una de sus cartas a Opitz dice: «Me doy cuenta, sin avergonzarme, que me amo a mí mismo más que nadie me ha amado». Y en sus *Memorias*: «Me gusta aún recordar la agradable impresión que me hacía a mí

o mismo cuando podía admirarme a mi gusto en un gran espejo. Me encantaba mi propia contemplación!»

Nunca se ha definido con mayor desparpajo el narcisismo.

¿Es cierta la virilidad de Casanova?

No creo que sea preciso acumular más pruebas para que Casanova quede definitivamente fichado como un inequívoco Don Juan. Pero ahora surge un aspecto muy interesante de la cuestión. Nosotros hemos definido en anteriores publicaciones que el tipo auténtico del Don Juan es, contra lo que se cree corrientemente, un personaje de virilidad equívoca. Se le considera como el prototipo de la masculinidad, como el supermacho, como un grado de perfección genial de su sexo. Pero cuando se examina el problema a la luz de la biología y no con un criterio meramente poético ni con la rijosidad imaginativa de los estudiantes del Instituto, se hecha de ver que ni la actuación social del Tenorio ni su misma actividad amorosa responden ciertamente al arquetipo del varón.

Ya hemos explicado que esta tendencia feminoide de Don Juan, si bien en ocasiones es muy completa, alcanzando de lleno a la misma morfología del personaje que nos ofrece entonces rasgos inequívocos de indecisión sexual, se limita otras veces a las características psicológicas expuestas. Es, pues, una «inversión parcial» que puede coincidir con una perfecta actitud para el amor instintivo y con una anatomía netamente varonil.

Pero, aún con estos distinguos, Casanova parece a primera vista, oponerse abiertamente a esta interpretación. Antes al contrario, el punto culminante de su renombre es justamente el de su increíble energía copuladora. Sus *Memorias* parecen escritas para asombrar al lector con la pluralidad de sus hazañas de alcoba que superan a cuanto se conoce en la historia de las olimpiadas amorosas; y sus panegiristas inventan ditiambos para expresar la admiración que en este sentido les inspira: «incomparable surmale», «champion imbattable des sports cythérées», le llama entusiasmado Uzanne. Pero al punto surge la interrogación: ¿será verdad tan desmesurada fortaleza?

Mentira, exageración y sexo

Que Casanova miente en general no tiene la menor duda. Hoy está averiguado que sus *Memorias* están bordadas sobre un cañamazo de realidad; es decir que la trama general de sus viajes y aventuras es exacta. Pero sobre esta base cierta, su fantasía tomaba pie para hacer las más disparatadas

cabriolas. Se me dirá que esto es exagerar y no mentir; mas la distinción, que puede tener valor ante un confesionario, no la tiene para el naturalista. Lo mismo se falta a la verdad inventando un hecho que relatándolo distinto de como es; y aun quizá debemos mirar con más benevolencia una invención, hija descarada de la fantasía, que una exageración, fruto adúltero de la fantasía y de la realidad.

Casanova exagera sin querer, sin proponérselo. Todo en él es desmesurado e hipertrófico. Como auténtico que es, ve siempre la realidad reflejada en el espejo de sí propio; y es el suyo uno de esos espejos convexos que convierten los hechos sencillos en hazañas y los hombres en gigantes. Si el tono de sus *Memorias* fuese exacto, Casanova hubiera sido el personaje más popular del siglo XVIII y la literatura y la historia de su época hubiesen escrito una réplica de su vida paralela a la de su autobiografía. Sus comentaristas no hubiesen tenido, por lo tanto, que desojarse en las bibliotecas y en los archivos en busca de una alusión perdida que marcara las huellas de su paso por éste o aquél de los caminos de su vida errabunda.

Claro que esta exageración ingénita que se mostraba desde el detalle de sus vestidos hasta sus actos más trascendentales, constituye para sus lectores de ahora uno de los motivos de mayor interés; y quizá también de simpatía. Pero naturalmente nos pone en guardia cuando llega el momento de discutir en serio sus proezas amorosas.

En otro lugar hemos expuesto las estrechas relaciones que enlazan la vida sexual con la mentira. El hombre más veraz, decíamos, miente si por ventura tiene que referir sus lances de amor. El mito de la virilidad cuantitativa está arraigado de tal suerte en la naturaleza humana que el orgullo de la masculinidad se cifra, de un modo deliberado o inconsciente, ante que en ninguna otra cosa en las dimensiones fisiológicas y anatómicas de su sexualidad primaria. Un varón no se avergüenza de su falta de aptitud digestiva o de su inferioridad motora; pero cuando le falla el apetito del sexo (que es el que más frecuentemente falla por ser un apetito de lujo), el hombre se mesa los cabellos y prorrumpe en las mismas frases de desesperación que hicieron inmortales los versos de Ovidio; cuando no cae en la misantropía irreparable de un Rousseau.

Así está de imbuido el hombre civilizado del mito de la falsa virilidad. Y por ello, repitámoslo, gentes de una honestidad perfecta en los demás aspectos de la vida, mienten con descaro al llegar a este plano de sus actividades privadas. Cuando se trata de profesionales del amor—semejante a lo que ocurre con los cazadores profesionales,—esta exageración se convierte en exhibicio-

nismo desahogado y permanente. Este es, sin duda, el caso de Casanova. Ya hemos dicho que no dudamos de su magnetismo donjuanesco; por mi parte no bajaría ni una sola de sus conquistas femeninas. Pero al cerrarse la puerta de la alcoba, tras la cual desaparece con su víctima, se cierra también mi credulidad. Se me dirá que este escepticismo es arbitrario; pero lo es mucho más la buena fe de los que creen a pie juntillas las actas sin testigos, que este gran botarate nos da de lo que ocurrió allí dentro.

Sexualidad y morfología

Pero mi actitud reservada no se funda tan sólo en estos motivos generales sobre la mentira sexual; ni en el hecho fehaciente de que toda la vida de Casanova inclina fuertemente el ánimo a no considerarle como un servidor escrupuloso de la verdad. Se funda también en otro género de conjeturas que tiene para mí el mayor valor. En mi ensayo sobre *La Biología de Don Juan*, hacía ya referencia a la morfología de Casanova y decía que esta morfología, a pesar de sernos conocida imperfectamente, nos testimoniaba dos rasgos que corresponden casi, sin excepción, a hombres de una potencialidad sexual menguada. Estos dos rasgos son, la talla elevadísima, que alcanzaba a 1,86 metros; altura casi escandalosa que atraía hacia él la atención de cuantos le veían pasar y a veces llegaba a imponer, como cuando, según él mismo refiere, ingresó en Madrid en un calabozo lleno de rufianes agresivos que se atemorizaron con sólo verle desplegar su estatura. El otro rasgo es el desarrollo precario de la mandíbula inferior, tal vez lo más característico de su fisonomía, que todos los comentaristas indican y que se aprecia bien en el retrato, lleno de ingenua exactitud, pintado por su hermano, que se conserva en la colección Daschkoff, en Petrogrado.

Talla gigantesca y maxilar inferior poco prominente corresponden al tipo morfológico enanoide y son la antítesis del tipo hipergénita, caracterizado precisamente por la talla exigua y el mentón prognático; así es el sátiro, hasta en las consejas populares.

Un distinguido escritor argentino comenta, en estos puntos de vista míos y les ponía, como colofón despectivo, estas palabras: «Lavater no hubiera hablado de otro modo». Yo debo responder aquí que, en efecto, Lavater, admirable ingenio, con cuya comparación me honra, no hubiera hablado de otra manera. La ciencia que trata de establecer un paralelo entre el alma y el cuerpo, tenía en tiempos de Lavater un aspecto algo fantasmagórico que hoy nos hace sonreír. Sonreír nada más, sin la menor mofa, pensando en la sonrisa de los que estudian dentro de dos siglos lo que hoy creemos nuestra ciencia definitiva. Quizá uno de los aspectos más intere-

santes de la Biología actual es la tentativa de reorientar, acomodándola a estrechas normas científicas, la ciencia morfológica en su relación con las modalidades del espíritu. Kretschmer en Alemania, la Escenía de Viola y Pende, en Italia, entre otras muchas, son muestras bien expresivas de este movimiento que, quiérase o no, tiene sus raíces en los fisonomistas de los siglos XVII y XVIII, entre los que descoló por su agudeza Lavater.

No es todavía, a este respecto, mucho menos empírica la ciencia de los sabios actuales que la de aquellos fisonomistas que no debemos despreciar. De todas suertes, una de las verdades, todavía fragmentaria pero ya definitivamente adquirida, de la ciencia de ahora, es el conocimiento de la influencia que la función sexual ejerce sobre la morfología en toda la escala animal y muy principalmente en el hombre. La trayectoria que describe la anatomía humana, sobre todo en su aspecto externo, desde que nace el ser hasta que muere, depende en sus líneas generales del ciclo sexual no menos estrechamente que el vaivén de las mareas se supedita al curso de la luna. El niño no se hace hombre mientras la actividad genital no se despierta. El hombre no adquiere su pergenio varonil íntegro, hasta que aquella actividad no logra su auge. Y la transformación regresiva de la decadencia no se marca hasta que el sexo se extingue. Si la función sexual se adelanta o se retrasa; o bien, si se hace patológicamente intensa; o por el contrario, deficiente, la morfología acusa alteraciones paralelas. Y de este modo, el ojo del biólogo experto llega a colegir por el simple examen exterior de un individuo—dentro, naturalmente, de ciertos límites,—la etapa del desarrollo y el grado de pujanza de su función sexual. El abultado objetista me citaba los trabajos de Gley como prueba de la inconsistencia de estos aspectos de la ciencia endocrinológica. En aquellos años se sarcaba, en efecto, por los que no seguían muy de cerca el movimiento de la Biología, que las críticas del fisiólogo del colegio de Francia (con el que, por otra parte, me une una gran admiración y motivos de imborrable gratitud), habían derrocado el edificio, juvenil y exuberante de la Endocrinología. No ha sido así. La actitud de Gley, útil en cierto sentido, no ha quebrantado una sola de las verdades adquiridas en el terreno de la fisiología y de la clínica de L. s. e. erecciones internas; y hoy, el maestro se bate en retirada con toda la dignidad con que son derrotados en la ciencia los que se equivocan en la base de la verdad. Pero, de todas suertes, fue precisamente bajo los auspicios de Gley donde se llegó a la máxima demostración de la influencia de la fun-

ción sexual sobre la morfología y, por lo tanto, sobre la posibilidad de coagrar el grado de esta función por el estudio anatómico del organismo, gracias a los estudios de Pezard y otros de sus discípulos, que hoy son ya clásicos en la ciencia natural.

El sitado retrato de Casanova, es medianamente obra de arte; pero la misma torpeza del dibujante se convierte en abineo para reflejar la verdad; y el perfil del caballero de Seigalt parece arrancado de la ficha de un gabinete de Antropología. No parece un hombre, sino una hermosa mujer.

Exhibicionismo sospechoso de Casanova.

Su esterilidad

Los casanovistas presentan como supremo argumento de la energía sexual de su héroe, un dato que él mismo proporciona en una de sus cartas, del que pueden inferirse, en centímetros, las dimensiones de sus atributos viriles. Es tan ridícula esta confesión que no merece detenerse en ella. Antes bien, muestra un sospechoso afán exhibicionista. "El buen paño en arca se vende", dice la sabiduría popular; y a pocas cosas tiene aplicación más exacta este refrán que a la que estamos comentando. El exhibicionismo se interpreta,—todos lo saben,—como una reacción psicológica compensadora de una deficiencia específica.

No recuerda, por otra parte, con esta presunta macrogenitosomía el hecho demostrado de que Casanova fué estéril, como lo son casi todos los donjuanes, según ha apuntado sagazmente Pérez de Ayala. Recorrió el mundo al parecer en insinuencia de paternidad si eran exactas sus buenas disposiciones naturales y la variedad de su material femeni-

no. Pero lo cierto es que, salvo algún indicio aislado, su paso por la hembra no dejó pruebas trascendentales de su decantada varonía. Aun contando con las precauciones que, según propia confesión, tomaba nuestro caballero para no complicar con problemas familiares sus fugaces aventuras, es sorprendente que no hayan quedado como rastro de éstas, más que estelas de rencor y algún vistago de carne y hueso indeciso y aislado. Pero aun más que su probable esterilidad habla en contra de su aptitud paternal la sequedad absoluta de su alma para el niño. Este es uno de los rasgos más caracterizados de sus *Memorias*.

Casanova es, pues, un Don Juan auténtico. Tal vez el más vigoroso y completo documento donjuanesco que nos proporciona la historia y la literatura. Yo he leído página a página los doce tomos interminables de su vida hazañosa. Y declaró ahora que su personalidad es infinitamente interesante como contribución al conocimiento de un tipo psicológico—el del Tonorio,—y de una época de la historia—el siglo XVIII, del desenfreno galante.—Pero el propio héroe es inferior a la aureola que se le quiere formar. No vivió más que para sí. Exaltó, con indudable talento literario, un mito sexual, fuente de muchas desdichas humanas. No tuvo el alma profunda y piadosa que hace grata la vida y la memoria de los hombres. Yo, sin quererlo, me siento contagiado de la antipatía que inspiraba a los sencillos aldeanos de Bohemia que presenciaron su triste declinar. No puede recordarse más que con el respeto protocolario con que se piensa en un caso clínico interesante, mientras se lava de las manos la sangre de la autopsia.

Gregorio Marañón

ESTUDIOS

Es una valiosa publicación española que antes se publicaba con el nombre de "Generación Consciente". Por curiosidad lea Ud. un número. Luego de terminar su lectura, no le quedará otro deseo que el de adquirir los números publicados y el de pedir una suscripción con la pequeña cantidad de 6,50 pesetas por año.

Dirijase a J. JUAN PASTOR.

Apartado N^o 158.—Valencia

FRANCISCO BUSTAMANTE

La vida que se apaga en la mitad de su carrera es como una noche que cayera a medio día sobre la gloria del sol sembrando por doquier el dolor y la desesperación.

Cuando el músculo, en pleno desarrollo, es una fuerza creadora, cuando el corazón como un dios aquilata las pasiones en el termómetro de la nobleza, cuando el espíritu marcha bajo el fulgor de las antorchas encendidas

con la chispa de la voluntad y se so'aza en su pureza, cuando la inteligencia ha descubierto los horizontes que necesitaba la ansiedad de sus alas febricitantes, cuando el ser es una maravilla incomparable con las cosas terrenas, una maravilla que puede estar a un mismo tiempo en el cielo y en la tierra, modelando el burro y hurgando los astros con la mano infuista del pensamiento; cuando el ser, hecho ya *hombre* ha comenzado a ser en el mundo *savia* prodigiosa para fecundar el alma de la humanidad, siente, de improviso, que la ser

piente de una nube negra se envuelve en su cuerpo y que penetra como cuchilla tajante hasta el corazón... la vida, sorprendida entonces, grita, protesta, y como es impotente ante la muerte, solloza y cae.

Esta tragedia dolorosa y terrible ha pasado en el mundo de Francisco Bustamante, muerto en plena juventud, cuando sus conciudadanos esperaban de él la sagrada vendimia que da todo hombre generoso para mitigar la sed de los suyos y acaso el hambre de los demás, ese *demás* que para el caballero es la continuación de los suyos.

Francisco Bustamante, espíritu escogido para los sitios más altos, alma clara y armoniosa, era un caballero exquisito, dadio-

so y gentil: caballero del verso y del amor. Quien recibió en su alma el vino dorado de su amistad y de su afecto no le olvidará nunca. Allí estará su memoria perennemente iluminando el santuario de los recuerdos.

"Soy poeta?... ¿Te ríes?... No sabes que yo puedo hacer un paraíso del más agrio desierto."

Traducir tus cantos en una rima azul que comerse la gloria de nuestra juventud...."



Cantó un día Bustamante. Y su amor romántico, intenso, que se trasluce en la cadencia de estos versos, forjaba el paraíso inefable de todas las delicias humanas. Sólo el que ama intensamente teje sobre el erial de la vida las áureas filigranas de la fantasía y hace del suelo la morada de los predestinados. Si la tierra es áspera, reseca, inculta, el poeta le ha de dar el rocío abundante de sus cantares y la sapiencia de sus maños. Para el poeta no hay retazo de suelo que no sea un pequeño edén donde ha de cultivar, con la dulce compañera de sus ensueños,

el gran árbol de la vida. Su gloria está en el amor, el amor que se ha encarnado en la mujer, y en la tierra que es la morada guardadora de sus venturas.

Bustamante sabía que el cantor de los nobles sentimientos del alma no debe vivir recluido en el palacio de cristal y embebido sólo en las armonías de su lira. Decía, tal vez: «Hay que darse a la vida, cantando, en el milagro rudo de la fuerza, que es el canto que más pronto repercute en el espacio. El hombre ha de ser un hierro candente que en la mano del forjador estalla en un torrente de fuego». Dueño de este pensamiento hermoso, él estaba en el campo; en el hogar, en la oficina, donde la sociedad, la familia,

los amigos le solicitaban. Esta buena manera de gastar la vida no le permitió dar a su lira toda la excelencia fascinante que se consigue en el aislamiento constante y febril. Su obra es reducida, pero en los pocos poemas que nos deja y que se los lee con interés y devoción, queda la huella de su alma lírica y soñadora.

Como buen poeta, acomodado a las modalidades de la vida moderna, decía que la vida ha de ser más que el hierro candente: un océano insonfable, donde ha de surcar la nave de la vida, desafiando los escollos, hasta llegar triunfante a algún puerto anhelado; y cantaba:

"... Mas, sabe que la gloria
nunca será alcanzada
si no se deja el puerto,
si no se eleva el ancla,

si no se va al combate
por las profundas aguas
que donde el agua es poca
hasta el esquife encalla."

Y como después de alcanzar la victoria en el campo cruento de la tierra, viene la con-

quista de lo ignoto, la victoria de la eternidad para el espíritu, el poeta cantó en estos versos las dos fases de la vida del hombre: la victoria de la vida y de la muerte.

Salvaba ya el peligro de la mitad del océano de su vida y cuando pensaba encontrar la serenidad de las aguas, siente, de repente, sobre el velamen de su nave el soplo incontenible de un viento extraño y con el dolor del padre, el soñador de quimeras azules, se pierde en la inmensidad de lo desconocido...

Se hundió su barca? ... Quien sabe si el timonel de su espíritu la dirige por regiones mejores ... Pero nos queda el legado de sus cantos que su familia sabrá guardarlos cuidadosamente hasta que asomen en algún volumen. Sus amigos y admiradores guardaremos también su última melodía en el caracol de nuestra alma...

Y rueden de nuestros ojos las lágrimas dolorosas sobre las flores frescas de su tumba querida.

A. M.

Poesías de Francisco Bustamante

Senderos Extraños

Habéis dicho: senderos extraños.
¿Yo, senderos extraños? Por Dios!
Ya no sigo senderos extraños;
Es que marché delante de vos.

J. RAMÓN JIMÉNEZ

Tú me viste tomar el camino
de una extraña región ideal,
sin saber que marcó mi destino
la fatiga de un viaje fatal.

Presentiste, llorando, un abismo
en el fin de mi loca carrera,
y, angustiada ante el frío mutismo
de mi voz, me llamaste a tu vera.

Y en un grito—tú acaso recuerdes
el agudo estridor de ese grito—
exclamaste: "Por Dios, qué te pierdes
en un sueño voraz, infinito".

Al amparo inviolado del huerto
que engalana tu vida, me viste
dar mis pasos en pos del desierto,
caviloso, noctámbulo y triste.

Yo sentí la atracción del abismo
de un ensueño en el hondo presagio,
y me hundí, solitario, en mí mismo
sin pedir salvación al naufragio.

Y no sigo senderos extraños;
obedezco a mi vida: no más.
Yo no busco ni bienes ni daños,
yo no fuerzo mi ruta jamás.

Pero tú que llamaste desvío
al imperio fatal de la vida,
y, angustiada, vertiste el rocío
de tu llanto por mi despedida:

¿tú seguías senderos extraños
o has cambiado tu rumbo después?...
Tu gemido lloró mis engaños,
y hoy te veo a mi lado otra vez....

En el Puerto

Mi alma es un mar de llanto en que navega
de tu recuerdo el luminoso esquife.
¡Ay de nosotros, si en el mar le ahoga
la sorpresa de un pérfido arrecife!

Si al término lejano de su brega
la borrasca del tiempo le dirige,
y da su proa la fortuna ciega
al abismo que en sueños nos aflige.

Sigue siempre sin rumbo, inquieta nave:
al vario impulso de una brisa suave.

Este mar, con su trágico mutismo
que expresa las angustias de tu suerte,
es tu puerto.... Más lejos: el abismo
del olvido, remedo de la muerte.

Velut Umbra

Herir un corazón, hollar la arena,
cruzar el aire, atravesar un lago,
señalar un camino con el vago
recuerdo de un amor y de una pena.

Y, en el reposo de una tarde buena,
volver la vista a nuestro antiguo halago,
y sólo ver la huella del estrago
del tiempo, en la extensión pura y serena.

¡Oh, playa movediza, aire invisible,
laguna tersa que crucé en mi nave,
nada queda en vosotros de mi paso!

Hasta el eco fugaz de un ritmo suave
que quiso definir lo indefinible
se esfuma en el silencio del ocaso....

POEMAS

Para AMÉRICA

La Montaña

El azul yace en la frente serena de la montaña... Amado Nervo sueña... y hace como signos de mágica ventura en la nieve cambiante que brilla en la cima: faro para el creyente... luz perennemente a todo peregrino...

La montaña, si calza en la noche sandalias de hada, es Rubén epicureo... bajando entre sus flancos para dejar ternezas bucólicas y arrullos de cascadas y besos en los vientos...

Y si la luna la mece coal una novia seguida de estrellas, se esquivo silenciosa y omite la quietella. El hombre la desea y si a sus plantas inclina el corazón... ella, veleidosa, vuélvete, le dice-, pobre desdichado que hoyes de los cielos huyendo del dolor, manténdote Proteo. Conquista mi ventura que es la libertad y platicarás con la alondra, cantando en la alborada.... ¡Acaso no es mi herosana!

Juntas vivimos por la luz cual locas mapososas... Ella tiene alas. Yo tengo pensamientos tan bellos como rosas...

La brisa

La tarde está danzando por el valle y la loma. Viene del espacio su gracia de amapola... en quimera toda sueño del ensueño vestida de grana...

Trinan en el parque las aves que múltiples danzan sus ritmos de luz.

Brisa, que de la mar vienes... Beso de los trópicos... cómo apaciguas la tristeza que deambula en el alma indiana, lozana flora, la más bella de la fábula humana...

Brisa! Abanico mágico, arpa de las canciones indianas mecidas en tu cuna, de aquellas cadencias jamás igualadas en los preteridos tiempos del alma en que ellas eran como estrellas del hombre ignoradas, por secretas gracias en el Olimpo de los dioses Incas...

Brisa! Tráeme la música oculta de sus palmas, de sus juncos paradisiacos... para cantar cual sus ríos, a las indias de América anadas.

Brisa! Eres melancólica hermana que ríes y cantas en las tierras más bellas de las fábula humanas...

El humo

Acrecentaba su ascensión, toda la potencia del calor inflamable de su ansia volátil, por la alargada ventana de la torre absorbente... que tanto podía ser un cáliz de la fantasía humana, como la rígida arista de un esquema.

Subía mudo y obscuro como un corazón anónimo de héroe sin nombre...

Se burlaba del hombre. Lo dejaba abajo, solidificado... Era al hombre concreto, aquel que olvidado del espacio se enfunda en el ovillo de sus intereses materiales, cristalizado en su química industrial...

—Y qué, se decía: me aventuraré. Soy el otro pájaro preso que se anida en sus sienas; el que no es oído por él, y por eso me escapo y subo vestido de negro por el dolor del olvido... Luego me azulearé cuando penetre en el seno del espacio que es copa de encueños, espejo azul de los océanos pitagóricos de los misterios y anhelos...

Besos de ensueño

La alondra crispó su cuello y remontó las alas para bañarse en el ensueño de la aurora, desgranando trinos.

El oro del sol bajó al ensueño que en el borde de las corolas humedeció de perlas los rosales.

La montaña serenó su testa de ensueños, cuando la luz llevó su gama de colores a sus flancos de bacante.

Las aguas rientes corrían hacia los bosques cantando en las cascadas, cuando el alba doraba los horizontes sombríos.

Sólo el hombre, con los ojos cerrados del espíritu, no vibraba al acompañado ritmo de la vida, que la divina voluntad dadivosa ofrecía a la encina eterna del alma universal...

Sólo El... mudo, ambulaba tedioso, torpemente, por entre la luz, el ritmo y las melífluas armonías... que del infinito tañía en las frondas, columpiaba los tallos y era dulce y mansa pupila en las bestias que triscaban alborozadas al canto de la primavera que bautiza cada alborada con un casto beso de ensueño.

M. Amelia Riquelme

POESIAS

— Del libro "Íntimas" —

Iba a ser

Exprimía el dolor de mis entrañas
en las doradas ánforas del verso;
línea a línea rimaba mis montañas,
golpe a golpe ahondaba el universo.

Con la apacible luz de mis estíos
sombreada el linte obscuro de sus ojos
y con agua salobre de los mitos
soñaba refrescar sus labios rojos.

En mis rimas plasmaba la hermosura
de su fina silueta de princesa
y para eternizar su alba figura
la sentaba en mi trono de tristeza.

De emoción y dolor hice derroche
con mi nostalgia tristemente bella,
y hundiendo cada estrofa en una noche
encendí en cada verso alguna estrella.

Penetré en el secreto de las cosas
para adornar el frontis de su tienda,
le dió mi corazón todas sus rosas
y mi alma sus misterios de leyenda.

Con la prístina luz de astro que nace
iba a alumbrar mi canto el universo,
cuando el cortante hielo de una frase
rompió imprudente el ánfora y el verso....

Boceto

La luz de un sol de vivos resplandores
en cielo azul, sin brumas,
como un mar de cristales limpio de espumas;
en el campo han abierto ya las flores;
la brisa bate pétalos de rosas
que como un florecer de mariposas
tolo el gramal inundan;
en la tierra hay misterios que fecundan,
y hay almas en las cosas.

En la cumbre lejama
corta un hilo de plata el firmamento,
y en la pampa cercana
da su sombra el rosal a un buen jumento;
la manada se esparce en la pradera,
y el matorral bravío
desgredando, se acuesta en la huleta
hasta empapar sus ramas en el río.

En la huerta vecina
 busca un labriego entre el maizal el nido
 que tiene la gallina
 con previsorio amor allí escondido
 de la rapacidad del hombre-lobo,
 y bajo un algarrobo
 duerme un buéy nostálgico de olvido.

En el romanso que formó el torrente,
 lecho de líquen apacible y mudo,
 hunde el cuerpo desnudo
 una india nábil de brillantes ojos;
 con serena quietud un indio mozo
 la mira indiferente:
 no hay en ella sonrojos,
 ni en él vibra la vida;
 sólo cuando ella con ligero embudo
 deja el líquen y el baño,
 el agua dulcemente,
 como evitando, evitando producirle daño,
 se desliza en las carnes victoriosas;
 hecha espuma contempla su salida,
 y luego, convertida
 en onda canta el alma de las cosas . . .

Amor, piedad, temor

Amor para la raza que consume
 la existencia con dulce macedumbra;
 raza que cual crisálida
 en el esteroero es podredumbre,
 y en la corola de la flor perfume.

Piedad para la raza tributaria,
 la triste, la vencida
 por la rudeza agraria
 de los amos del pan y de la vida.

Temor para los siervos
 que empiezan a juzgar a sus señores:
 ya aparecen los cuervos
 precursores
 del próximo llegar de los condores . . .

Amor para el hermano;
 piedad para el vencido;
 temor a lo que viene: el Soberano,
 el Mesías moderno está ya ungido.

Y se acerca; mas no como el Cordero,
 viene como un apóstol de desangre
 ansiando en un Jordán de fuego y sangre
 purificar al universo entero . . .

Quito.

Alberto Larrea-Ch.

NOTICIAS DE LIBROS

Agradeceré, en estas notas ocasionales, breves apuntes de lectura, a los autores cuyos libros recibo.

A. H. Pallais, Presbítero. — BELLO TONO MENOR. — León de Nicaragua.

Este último libro del autor de los "Caminos" suena, con un acento más elástico, en el verso que consagrara el Arcipreste. El alejandrino que ha defendido Arciniegas, mezcla su voz profunda en este libro menor del melodioso presbítero de Nicaragua, con el endecasílabo sobrio y el musical dodecasílabo que adoró Berceo. Sugerencias de aroma busca Pallais para su bello tono: "Es muy oloroso, es muy oloroso — Jacob el segundo, Jacob el menor", y recordando que al libro primero se llamó retórica y el segundo poética, piensa en los hermanos mayores, Zorilla y Quintana, y en los segundos, Campoamor y Becquer, amigos del libro menudo.

No se hallaría al Presbítero Pallais un parecido con el Nervo de la oración esencial. Su mistisismo es otro. Mas bien un adarme del abate joven de los madrigales tiembla en su pecho, produciendo una música, como de recato y expansión, en la que fuga esa cristalería del poema, la inquietud suspensiva que es nimbo de las cosas bellas: "Niña del poema, no te dicen nada mis versos, no puedo, ni quiero, sellada..."

Pallais logra ofrecernos el ritmo profano, libre de las arecillas del tránsito, de la escoria del mundo. Así su aptitud evangelizada para cantar a las piedras preciosas que no adornaron jamás la túnica de Jesucristo. Así su amor para los símbolos inesperados en esas figurillas que incorpora muchas veces a las mayúsculas del misal: la ardilla ligera, el ciervo de ramas...

Su libro menor, tiene la curiosidad y el pálido asombro del niño que marcha desgranando rimas preciosas, con su voz no aprendida ni ensayada. El Presbítero mismo bendice el advenimiento de Jacob, "después de Caminos, tarde religiosa — de legas estrellas y ramas en flor".

Como en uno de sus mejores poemas, la estética propia de Pallais, vuelve cristalinos y lavados a los versos de su libro: El agua que tiene piedades y paciencias de Sor, limpia de las inocentes hojas del campo, el polvo que "es novela profana de un tal Vargas

Vila". Y por la savia pura sube el verso de Jammes.

Rara y única es su parábola del árbol que mira este tono menor, hijo de su lírica sapiencia, con hojas virginales: inmóvil, silencioso, florido, romuroso, encantado.

Su corazón es como el del Padre Villamí: "como un evangelio de mansos pastores". Pallais no se enclaustra. Asiste a la fiesta del iris, pero con una suerte de reposo que se dijera de terso espejo para fijar los tonos más depurados. Alguna vez, frente a su romance moderno de las estrellas que conocen a las ardillas, recurre al eternal latín para completar sus estrofas y ese afán de vuelo, de novedad, de horizonte y descubrimiento, hácese en él sólo deseo espiritual, misa, canto...

El autor de "Tabaré", Guillermo Valencia, Sanín Cano, Juana de Ibarburu, Arévalo Martínez, Santos Chocano, ya descubrieron al cura Pallais como a uno de los grandes poetas de América...

Pedro César Dominici. — EL CONDOR. — Buenos Aires.

El doctor Pedro César Dominici, Ministro de Venezuela en la República Argentina escribió en pocos meses su admirable novela americana *El Condor* "flor de gesta india y médula del árbol hispánico", cuyos capítulos participan de la gracia plástica de su novela griega «Dionysos», evocadora de Aspasia, y se afirman en la historia de la raza, describiendo la época de Atahualpa y Pizarro, la ciudad que erigió el áureo templo del sol, la indómita fuerza indiana encarnada en el último cacique, Angol, joven y bravo, rey de la se'va, milagroso flechero. Como en el poema charrúa de Zorilla de San Martín que es la flor amarillenta que nace de los légamas del río, fulge en esta novela la faz del pequeño *Viracocha*, recién nacido de mirada celeste y de tez blanca, como la de los Capitanes que apresaron el «trueno» en sus arcabuces y surcaron el río en el ave grande con alas de lona.

Domici es una de las figuras más simpáticas y respetables de la literatura americana. Su nombre aparece, por primera vez,

junto a los de Darío, Nervo, José Asunción Silva, Rodó. De sus años moceriles, la novela parisina «La Tristeza Voluptuosa» no puede ocultar el adarme del soñador. Celebradísima sus novelas «Dionysos» que llega ya a la séptima edición y «El Triunfo del Ideal», le revelan en otro aspecto de su ágil y brillante pensamiento sus libros de crítica y estética: «De Lutecia», «Libro Apolíneo» y «Tronos Vacantes».

En «El Cóndor» la verdad de la historia y las fantasías del novelador, adquieren vida perpetua en la frase del artista.

Manuel Navarro Luna.—SURCO.—Manzanillo, Cuba.

Con simbolismos cosmogónicos escribe su primer libro este poeta de vanguardia: Surco sediento y surco encendido. Pero en las arenas prietas que han menester del rocío del agua o entre las rocas, dureza de la tierra, por esa imagen pronta que distingue a los poemas de objetivaciones y símiles atrevidos, descubre, a veces, evocaciones del mar, siquiera a lo infinito o borrascoso del mar. Por el surco sediento pasan los ataudes, el blanco y el negro, esquifes frágiles, «rompiendo el corazón de la noche—cruzan el mar siempre atormentado». Tal adivinación de infinitud le hace mirar a los vestigios «abalagando en la ola más negra de la noche». En el surco encendido escucha el llanto de las piedras «encadenadas al silencio»; el contraste ofrécele el poema de la oscuridad; la sugestión del regreso le da luces modernas en el estado de los postes del teléfono, «con su cabellera de hilos elásticos» y su ironía del viaje le hace pensar en que la fosa común es el carro de carga. «*Pobres!*», diría Paul Morand que quisiera que hagan de su piel una valija cosmopolita.

Navarro Luna no ha querido eludir de los caprichos del verso. Su *Murciélago* que vuela en poema *analista* es gracioso acierto, sin la declamación que reprocha Pasadre, con esas relaciones nuevas que casi no escuchamos en otros poetas: «aquella—mujer—lavaba—su angustia—en el río—de—la taberna—». Mas, de la penumbra de los siglos, los viejos motivos del amor, con las mismas palabras que no han podido cambiarse pero que parecen rejuvenecidas, seoplan en la tragedia de los esqueletos: «El Dolor se comió la carne—de nuestros corazones. En la vida—ahora no romes más que dos espectros,—dos osamientos que caminan.—No te apretures mucho.—los esqueletos no deben tener prisa.—Llegaremos

muy pronto a la ciudad espléndida—y tranquila.»

Agenor Argüello.—PALABRAS SIN SENTIDO.—El Salvador.

Argüello cree que sus palabras serán anacrónicas en esta hora deportiva, y acaso por eso las ha bautizado con un nombre exprimido de un prematuro desencanto: Palabras sin sentido. Sin embargo, pensamos que el lector ha de simpatizar con esas prosas breves, que confinan en ocasiones con el enternecimiento del poema o que insinúan, en otras, la curiosidad de la crónica o el punto inicial del ensayo. Se escribieron para quedarse, desde luego, en ese límite corto de las anotaciones de carteta, apuntes en que se retienen los sucesos y los pensamientos, ideas en las que se anuncia la educación de la voluntad, el provechoso auto-análisis, el examen de los valores de la vida.

América Bobia Berdayes de Carbó.—OFERTORIO.—Matanzas, Cuba.

Si en la Oración de la Madre, Gabriela Mistral añade a su claro sentido del mundo, la más acaba adivinación de la ternura por el hijo, América de Carbó, en sus tersos cantos maternos, sugiere ese amor serenizado cuya ausencia observamos en casi todas las poetas de América. No palpita, en su primer libro, esa elástica impaciencia que se arranca en los más conmovidos acentos líricos de la Stormi y la Agustini. Su acunado ofertorio es la balada del bien que se logró, de la felicidad que se hace, por la gracia del sentimiento, caricia y silencio. Hasta sus ritmos de corgoja participan de su quietud. Leer sino estos dos versos finales de su «Transfigurada»: «Y como toda estaba hecha de lágrimas—ha cuajado, por fin en una perla». El más puro grano de su ofertorio: Madre. Una suave gema: Blanca. Su cuento infantil más ingenuo: Ilusión. Un precioso responso laico: Santa. Una elegía fácil: Dolorosa. Una expresión de su misticismo no exacerbado: Francisco, Francisco de Asís. La saudade plácida: Del Pasado. Retratos anímicos: Gravoche, Atala. Estampas fieles: lagunas, plegaria, guardarrayas, zafta, la siega, la canción del agua...

Vitier que quiere hallarla semejanzas con el Bécquer de las «Rimas» y Rosalía de Castro, asegura que América de Carbó ha traído «su mensaje». Memoriosa de ayer por los sitios de su pasado o con la voluntad del hallazgo por el novedoso don de los paisajes

exteriores. América llega con su propia voz y se impresiona en nuestro recuerdo por su fisonomía. Como su hermano Fernando Lles, en quien se aguzó la meditación y se purificó el canto, su infancia, pasada en Austria se impregnó de esa bruma de torbayos de que habla el mismo Lles, señalando el modo de la autora de *OPERTORIO* (al parecer exótico o libresco, pero que es en el natural y vivo). Al leer estos versos, la saudade, la insinuación, la bruma, están como enredándose en el asonante sin estridencia que es su rima preferida.

Alberto Masferrer.—ESTUDIOS Y FIGURACIONES SOBRE LA VIDA DE JESUS.—San Salvador.

La vida de Jesús es tema inagotable. Nace de la profunda dulzura de los evangelios y se expande después en la savia de inquietud o de esperanza de innumerables libros. Uno, el preferido, el de Tomás de Kempis, recuerda a Jesús en el surco humilde de la imitación. Más tarde se escribe el de Renán, filosófico y formalista, o el de Nietzsche, de vanidad y negación, el de Papini, florido en el lirismo de los caminos episódicos, uncioso y devoto. El ensayista Masferrer que trazó inolvidables páginas sobre el Destino y pulsó las siete cuerdas de la lira, nos prueba, una vez más, en este libro de ponderados estudios y magníficas imaginaciones como acendra y cultiva la rara aptitud del poeta para que nos sea tan grata y esperada la compañía del meditador. En esa vida redicha, Masferrer encuentra nuevos aspectos. Considera, en uno de sus capítulos, los viajes de Jesús, su ausencia de localismos, contraria a la característica de los judíos. Su espíritu, así, dispersado en mensaje de amor, corresponde al prodigo grano de sus parábolas. El escritor sigue a Jesús «callado siempre y meditativo», a Tiro y a Sidón, a Damasco y a las islas del Mediterráneo. Le piensa, al fin, conociendo las doctrinas de Pitágoras y Platón. En sus figuraciones le advina recorriendo Alejandría y las costas del Asia Menor, penetrando en las ideas de Budha, de Lao-Tse, de Zoroastro. Mas, de su aprendizaje, parecele a Masferrer definitivas y copiosas sus lecturas en el libro múltiple de la naturaleza. De allí su inigualado sistema de moral y la suavidad abrumante y vasta de su pensamiento.

Las líneas de la dulce faz del Bautista cautivan en este libro de Masferrer, y la figura oculta del alma pasa ante nuestros ojos, casi tangible, cuando por la virtud de estas páginas, creemos descubrir la cabeza

fiel del Bautista que descansó en el pecho de Jesús. Nos retienen y se hacen profundas en nuestra curiosidad de lectores, las palabras de Masferrer al final de su libro: «El autor ha soñado veinte años con escribir una VIDA DE JESUS, en la cual el Maestro, sin dejar de ser hombre, fuera siempre Dios. Pobreza, tristeza y enfermedad no lo consintieron, y apenas ha logrado escribir la primera parte, fragmentaria y semicoherente. Las otras dos parecen ser la flor que muere sin abrirse».

Manuel Núñez Regueiro.—DE NUEVO HABLO JESÚS.—Buenos Aires.

El escritor uruguayo Núñez Regueiro, Profesor titular de Filosofía en la Universidad del Litoral se apasiona asimismo por el tema viejo y eterno, en este octavo volumen de sus estudios acerca de LA VIDA SUPERIOR. Son los diálogos de Jesús que vuelve, con Anterosofo, el buscador de todas las filosofías. Núñez cree que la Anterosofía ha colmado ese abismo que separa a la Religión de la Metafísica y le piensa a Jesús escribiendo el decálogo de los nuevos tiempos. Pone en labios del Maestro que retorna la beatitud ejemplar de las parábolas. Una de ellas, la del vino viejo en odres nuevos, guarda una singular filosofía de modestia: «Tu ciencia de estos días es cuero nuevo, lustroso y bien limpio; pero sólo contiene vinagre hecho de un mal vino. De él has bebido abundantemente y te has embriagado. Por eso tu ciencia te ha ensoberbecido y en la contumacia de su corazón, no has querido sentir ni ver a Dios».

Julio César Araujo.—ELOGIO DE LA PRIMERA ESTRELLA.—Montevideo.

Con la silueta del pastor que conoce de la huella de los caminos múltiples, se insinúa este lírico elogio de la primera estrella. Iluminase luego con destellos celestes: la cruz del sur, la vía láctea. Tal anuncio nos guía a la contemplación de las hermosas «Estampas de Aldeas» y luego al panorama de «Campos Soleados» en donde se han reunido las expresiones más características del poeta, su aptitud para describir ligeras e impresionantes cuadros de realismo, alentado siempre por una discreta emoción subjetiva. De entre esos poemas apuntaremos como originales y sugestivos, el que consagra al Tala, árbol uruguayo y ese otro de movimiento y color, pintado con los oros solares de América, *La Balceña*, fiesta criolla, alegría de la plaza pueblerina, en un

verso que se perfila con seguridad: «Hay un crujir de huesos bajo un ciclón de polvo.—Brama el toro impotente sin coraje—entre los rudos tientos de las bolas;— luego el tes tuaz se rinde...—y con la cruz abierta de sus cuernos—raya un trágico signo de suplicios—frente al sol moribundo—y frente al indio!».

Arturo Capdevila.—MELPOMENE.—Buenos Aires.

En los veintidós libros de Arturo Capdevila, hallamos desde la perfección de la poesía y la viveza del teatro, hasta la verdad de la historia, el acento de los cuentos, las profundidades de la exégesis, la línea del derecho y la experiencia de los viajes. Cansinos Assens que ha tenido palabras acerbas para la obra de muchos cantores, repara en el caso de Capdevila «un dechado de poeta», que no se queda, como los otros, «en los inocentes arbores de una inocencia asombrada» sino que incursiona, como Lugones, por todos los campos del conocimiento; batiendo el prejuicio de que la sapiencia anula o aminora el pristino sentido del *vate*, cómo si la poesía, como expresa gallardamente Cansinos, no fuera también un *guy saher*.

Este libro cuya quinta edición recibimos, es el segundo de la obra de Capdevila. Publicado en 1912 no puede ser inactual, ni en esta época un tanto borrosa y disconforme, cuando se consagran los más pueriles caprichos del verso y se suple la falta de ingenio o de sentimiento con una pueril imaginaria, recortada, por lo demás, en moldes que ya son vulgares.

So prologista Manuel Gálvez y otros críticos y comentaristas observaron ya la musa de la tragedia que vive y habla en *Melpomene*. Este poema de singular maestría, dicho en memoria de sus padres, cautiva con una fuerza tal, porque no se vierte en la voz plañidera, ni revienta en los ecos lastimeros que buscó casi siempre, por afinidad de formas expresivas, el lamento elegiaco.

Capdevila mismo lo advierte. En MELPOMENE, como en sus demás obras líricas adundarán los mármoles negros. Pero esto «para que mejor resalte la silueta del maestro que viste túnica blanca y viene tocado con turbante hindú».

No sabemos de otro poeta que sienta un espanto más varonil de la muerte. Lo trágico, exprimido por la diestra de Poe desde la garganta lúgubre del cuervo, está distante de este hielo excepcional que sentimos al descansar reclinando la frente en los mármoles negros de Melpomene, hasta donde ha venido el «hermano gurú» de la india «romántica y piadosa». Capdevila que sabe como es humo la vejez del fuego, se representa ese su tenaz pensamiento de la muerte en la figura de un camello que se arroja piadosamente y ofrece la joroba de paciencia para llevarle por las arenas de las estepas mudas.

En Capdevila, personalísimo, descubrimos alguna afinidad, si bien lejana e incierta, pero que llama a la voz de nuestra memoria, con la advertencia de un acento conmovedor pero solemne: el de Baudelaire. En los perfectos parados de Capdevila nos sobrecoje la imagen de ese río negro, sin término, de cauce fatal. En sus viajes cinéreos, muéstranse alguna vez símbolos parecidos a los que hubo de animar el poeta de las *Flores del Mal*, cuando para el mar negro pidió los remos negros, a la diestra de la muerte capitana. Pero lo que hay de diabolismo en el amorador de los perfumes y de los gatos, está lleno en el artista de «Melpomene» por una plácida filosofía oriental, casi por una tersura de esperanza.

Lugones que le acusó de cargar a los otros con su propio dolor, le ha festejado ahora con el más rotundo de sus elogios. Quien escribió una elegía de tanta pureza como «In Memoriam», era capaz de acendrar el saber que se expande en «El Cantar de los Cantares» y el dolor calmado que hinche y apacigüe el aire de «Córdoba del recuerdo»....

Augusto Arias

LOS PRINCIPES DE LA LITERATURA

Es la colección que más se vende en los países de habla castellana por el mérito de las obras que publica la

EDITORIAL CERVANTES

Solicite catálogos y listas a

Clavel, Navarro—Sala, S. en G.—Avenida Alfonso XIII, 382. Barcelona

Los dos polos del eterno femenino

La mujer ha sido considerada como un ángel inspirador y un demonio, una guía para el bien y una consejera para el mal. El eterno femenino tiene, en este sentido, dos polos. Puede elevar al hombre hacia los más sublimes ideales, o conducirlo al fango de las más bajas pasiones. La mujer, por la naturaleza de su cuerpo, hace que sea para el hombre un jardín de excelsas delicias o el terreno propicio para sus males y fatales caídas.

Sócrates, según dice Jenofonte, un día pronunció estas palabras: «Existen dos Venus: una celestial que se llama Urania; otra terrestre y popular denominada Polimnia. Urania preside todas las afecciones puras y espirituales; Polimnia excita los instintos sensuales y groseros».

Platón alabó con admirables himnos a la Venus Urania y presentó su amor como educador y moralizador de los hombres.

La mujer, en efecto, dignifica o envilece al hombre según la clase de amor que ella inspira. Cuando su amor es *exaltado, elevado*, es como un sol que da luz y calor, espanta el entusiasmo y embobeca la vida. Cuando es, en cambio, *absorbente, inferior*, hiela los nobles sentimientos, ciega la razón y envilece todo cuanto se aproxima.

La mujer de amor superior es la única que fecunda la inteligencia del genio y redime al hombre. Este puede elevarse hasta Dios secundado por el amor y el entusiasmo, por el ímpetu sublime del eterno femenino.

La mujer representa la naturaleza en sus formas plásticas, en sus realizaciones maravillosas y divinas. El amor, la belleza, el sentimiento, la imaginación son su esencia. El hombre simboliza la sabiduría, el espíritu creador, la fuerza, la luz. Ambos fueron creados para prestarse un mutuo apoyo. La mujer para que inspire al hombre la verdad y el bien y éste para que procure la sabiduría a aquélla. La perfección nace del mutuo contacto, y su unidad constituye un pequeño mundo.

El hombre no puede, por consiguiente, ser reformado sin la reforme de la mujer, y ésta no puede evolucionar espiritualmente sin la ayuda del varón.

La mujer es capaz de todo, de sentir un ideal, de aspirar a la perfección; pero

de por sí no tiene suficiente poder para elevarse, necesita para esto del sostén de la sabiduría y de la fuerza del hombre. Para creer en el amor superior, ella necesita verlo vivir en él.

El hombre es apto, con su profunda comprensión de vida, con su voluntad creadora, para fecundar el alma femenina y transformarla con un ideal elevado. Este ideal ella se lo devuelve multiplicado, transfigurado por el entusiasmo. Ella se convierte en su ideal y lo hace una realidad con la potencia de su amor.

El amor identifica a las almas y el hombre recibe de la mujer lo que el mismo le inspira; ella no es más que el reflejo de sus virtudes o de sus vicios. Kundry, que representa la femineidad en el Parsifal de Ricardo Wagner, hace sucesivamente el bien o el mal según que ella sufre la influencia de Grail o de Klingsor, es decir, según que esté bajo la extinción del amor, de la pureza, de la virtud, o esté bajo el poder del vicio, de los placeres inferiores, de la corrupción y de la materialidad.

En la India, en el Egipto, en Grecia habían venerado la fuerza superior del eterno femenino; y la habían concebido como fuerza cósmica, intangible, inconsciente.

El cristianismo lo encarnó en la Virgen Madre. La mujer es regenerada en el momento que nace el niño Redentor y se convierte en madre seductora, augusta, imaculada. El ideal de la Virgen madre alcanza una dignidad superior a la del hombre, y atrae a la humanidad hacia las regiones de las grandezas y purezas.

En la Edad Media se hizo consciente en la mujer, pero bajo la forma pasiva. Durante las cruzadas los trovadores entrevén un reflejo de la Virgen en la castellana solitaria que amaron con mezcla de deseo y aspiración hacia una belleza y perfección superiores e inaccesibles. La poesía caballeresca presintió sólo en embrión la divina esencia del ideal femenino.

En Dante se convierte en una realidad trágica y sublime por intermedio de Beatriz. La génesis de la Divina Comedia nos hace ver que el hombre, después de una larga caída en la grosería de la materia, encuentra su cielo en el corazón de una mujer. En su juventud, por simpatía, su alma se iden-

tifica al poeta y lo salva haciéndolo pasar por el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso. La amante pasiva de los trovadores, se convierte en la amante activa, la reveladora del mundo celestial. En el hermoso cuadro del célebre pintor Ary Schaeffer, Dante se encuentra en la parte inferior y Beatriz en la parte superior. Dante observa, contempla a su amada; ella parece decirle: «hacia arriba, en lo alto; es allí donde debemos ir».

Petrarca ha confesado que su más intensa pasión por Laura fue casta; y lo fué a pesar suyo y gracias a la virtud de Laura. «Mis virtudes provienen de tí, como el árbol de su raíz».

Shakespeare ha expresado el ideal superior del eterno femenino en sus hermosas figuras de mujeres, que son tan castas como magadamas, y representan, al mismo tiempo, personalidades de alto valor moral intelectual.

Leonardo de Vinci, gracias a la Gioconda, poseyó la clave del misterio del bien y del mal y de su necesaria lucha en el mundo. Por ella y con ella se cumple en él la gran victoria del bien sobre el mal. Leonardo, desamado, antes de despedirse definitivamente de la Gioconda, conocer sus íntimos sentimientos, de los que había siempre guardado el más severo silencio, exclamó: *Mamma Lisa, mujer que encierras todas las mujeres, y que yo he pintado sin aprender a conocerle, más que desafías los adivinos, tú, tan dulce en apariencia y tan terrible en lo íntimo, tan serena cuando reflexas el cielo y tan oscura cuando tu alma se agita al soplo de la tempestad, transparente e impenetrable, sublime y perversa... cómo es que en el fondo de tu corazón yo advierto reinar al mismo tiempo la Madonna y la Medusa? ¿Qué eres tú luego? Yo no he resuelto tu enigma, pero como debemos alejarnos, dímelo tu secreto».*

A esto respondió ella: «Oí grande Leonardo, rey de los pintores, señor del arte, mago omnipotente que soudeas la tierra y el cielo, los metales y las almas, la naturaleza y el hombre, tú no has comprendido que yo te amo con todo el frenesí con que tú amas tu implacable ciencia. Yo te amo porque comprendo a tí y a tu deseo. Yo conozco tu poder y tu fuerza, pero sé también lo que te falta: el entusiasmo sin límites, la fe audaz que crea a un nuevo mundo... Tú tienes razón, yo llevo en mí la Madonna y la Medusa. ¿Tú quieres conocer mi secreto? El está en mi divisa: *Toda bien con el amor, todo mal sin él*. El infierno no tendría abismos bastante profundos para precipitarme, si me faltara el amor e n n a potencia semejante a la tuya, ni

tendría el cielo regiones tan elevadas: a las que yo llegaría con tu amor. No me dejes caer en el abismo, después de haberme elevado a tu altura, hálamos juntamente. Cada uno de nosotros lleva en sí un mundo incompleto, confundámonos. Divididos nosotros somos débiles; unidos seremos invencibles. Tú dirás la palabra a aquella que has llamado, muchas veces, la musa del silencio. Mi vida la más ardiente, vendrá a colorear tus visiones, mi corazón palpitante te dirá su inefable secreto».

Nunca Leonardo, escribe E. Schuré, se había encontrado en presencia de tan cruel dilema. De un lado, la ciencia austera, la gloria del mundo, la supremacía reconocida, con sus horizontes limitados, sus seguras satisfacciones; de otro, el amor, la pasión, el éxtasis, cielos desconocidos, espacios infinitos, abismos, vórtices. Suplicada por Leonardo de no romper por completo sus relaciones, ella rehusa de una manera absoluta. «No insípido licor» después de la copa encantada que hemos desflorado sin beber. Mi corazón se sufrirá al suave rayo lunar de la amistad, después que ha brillado sobre nosotros un tan fulgurante sol. Yo quise el cielo o el infierno completamente, y ya que rehúso mi cielo elijo el infierno. Nada más sabrás de mí».

«Dejad por lo menos, dijo Leonardo, que yo conserve cerca de mí vuestro retrato como recuerdo».

«Con gusto consento, respondió ella. Yo no tengo necesidad de tu retrato, ya que me he formado de tí una imagen más bella de la que tú mismo habieras podido trazar, aunque principio de los pintores. Yo te conozco a fondo, mientras tú apenas me conoces. Por grande tú ignoras muchas cosas. Tú has elegido por divisa: *Más se conoce y más se ama*; pero no has pensado al revés: *Más se ama y más se conoce*. Puedes tú hallar en el desierto del mundo otra patria y pueda tu genio consolar tu soledad. Tú no aprenderás sino en la última hora: *el sacrificio es el mágico secreto del amor y el amor es el corazón del genio»*.

Goethe hace alusión al amor como agente de la encarnación espiritual, como estimulante de la creación artística, al fin de su tragedia *Fausto*, cuando el coro místico canta:

Sólo lo Incomprensible,
Lo Incuarrable, lo Infinito,
Lo Femenino Eterno, nos levanta al cielo.

Esto quiero decir que es el amor, la belleza femenina, que hace posible la realización de cosas sublimes. Goethe hace nacer la poesía de las relaciones entre el viejo

Fausto y su adorable compañera, relaciones que entran en la categoría de los amores platónicos.

El amor ideal idealiza los demás sentimientos. Este amor participó siempre de un sentimiento de respeto hacia la mujer. En cambio, el amor sensual anduvo siempre acompañado de un desprecio secreto y de una especie de odio hacia ella. En las sociedades donde no se aprecia más que el amor físico y la mujer se encuentra despojada de su belleza ideal, del pudor y del encanto de sus virtudes, no pueden reinar las buenas costumbres y la moralidad.

En nuestra época contemporánea sólo en mínima parte la inspiración poética y artística derivan de la fuerza superior del eterno femenino. La tendencia general de los espíritus hacia las ciencias experimentales, prácticas, el gran desarrollo industrial, que concentran intereses y ambiciones exclusivamente sobre valores económicos, lleva cada día más a los hombres a no ver en la

mujer sino su lado corporal, sensual. Las nobles pasiones, los sentimientos elevados, tienden a ser risibles o novelescos. Los espectáculos, la música, la literatura, no tienen más objeto que conmover los sentidos, encaminarlos a los gozos materiales. La moda femenina ha perdido toda dignidad y gracia. Por estos motivos nunca se vieron tantos talentos y tan pocos verdaderos genios como en nuestros tiempos.

No debemos olvidar que la dignidad y felicidad del hombre depende de la dignidad y felicidad de la mujer. Enaltecida o degradada ella dominará siempre por el misterioso poder que ejerce sobre nuestros sentimientos. Los pueblos que buscan en su seno tan sólo vicios y maldades, hallarán en sus brazos descalencias, embrutecimiento; los que, por lo contrario, imploran de su virtud afectos puros tendrán en la mujer el espíritu de su prosperidad y grandeza.

Carlos Sfondrini

La Estimación Extranjera

Compañeros de EL DIARIO y de PARA TODOS: Vuestras benévolas palabras por la pequeña labor de acercamiento espiritual que realizamos entre los pueblos de América, nos obligan a nuestra gratitud. Mil gracias.

«AMERICA».—Quito

CONTINUA circulando sin interrupción AMERICA, el mensuario de cultura hispanica que redactan y dirigen Guillermo Bustamante, Augusto Arias, Alfredo Martínez y Fernando Chávez en la capital ecuatoriana.

De sentido eminentemente americanista, sobria en el contenido, pura en el ideal, AMERICA ejecuta un ponderable plan de difusión solidaria, entre los círculos literarios del continente. El acierto de sus directores ha sabido imprimir en sus páginas un matiz de seriedad que la prestigia grandemente.

No obstante, debemos apuntar algo que desearíamos ver realizado en AMERICA. Nobilísima la modestia de sus directores, pero ¿por qué privarnos de su obra? Querriamos leer con frecuencia los bellos versos de Bustamante, de Arias y de Hugo Montayo, dignos todos de figurar junto a los mejores líricos del continente. Para AMERICA sólo caben elogios en el luminoso camino que recorre.

(De EL DIARIO.—La Paz)

«AMERICA»

NO ha cumplido aún cuatro años de existencia la destacada e interesante revista que con el nombre de nuestro continente publican en Quito (Ecuador) un nú-

cleo de escritores y poetas encabezados por Alfredo Martínez, Guillermo Bustamante, Augusto Arias y Fernando Chávez, y sin embargo ya se ha conquistado puesto distinguido entre los aficionados a la buena lectura y a seguir el curso de nuestra evolución literaria, artística, por el estudio de los sacros que a diario ofrecen bien perfiladas plumas.

Y es que en las páginas de AMERICA se encuentran siempre producciones de verdadero mérito, la mayor parte originales, y que su idiosincrasia revela a un tiempo mismo la compostura y los alicia (después de sus directores, para salirse del camino trillado del mercantilismo más o menos disimulado, tratando siempre de dignificar el periodismo merecedor de tal nombre.

Pues bien, esta exposición de cultura sudamericana, rodeado juntamente del aprecio de todas las publicaciones similares que se editan en los países de habla española, ha tenido la gentileza de hacer figurar a PARA TODOS en el variado cuadro de honor, al lado de NOSOTROS, la gran revista Argentina, del inconfundible REPERTORIO AMERICANA de CULTURA VENEZOLANA, KLITE y PERFILES, de Caracas, la REVISTA HISPANOAMERICANA DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES, de Madrid UNIVERSIDAD, de Zaragoza, etc., etc.

Para los distinguidos directores de AMERICA, un cordial apretón de manos y los votos más fervientes por que alcancen el éxito definitivo a que les da derecho su noble labor.

(De PARA TODOS.—San Salvador)

Bibliografía Titular

Agradecemos complidamente a los autores y editores que nos envían sus publicaciones. Las páginas de esta revista estarán en todo tiempo disponibles para hacer cualquier propaganda en beneficio de las letras americanas.

Libros y Folletos

Martiano de Jesús: Augusto Arias — Talleres Gráficos de «El Comercio», Quito, 1929.

Humaitá (Novela), Escenas de la guerra del Paraguay; Manuel Gálvez. — Librería y Editorial «La Facultad» de Juan Roldán y Cia. Florida 359. Buenos Aires.

Cantos de la Montaña: Olga Acevedo de Castillo (Zaida Suráh). Imprenta Nacimiento, Santiago de Chile, 1927.

Anfuras de Silencio: Agenor Argüello. Ahuachapán, El Salvador, C. A. 1928.

«Siete Palabras de una Canción Antigua»: Olga Acevedo de Castillo. Chile, 1929.

Sinfonías del Sur: J. M. Rondón Sotillo. — Imprenta Bolívar. Caracas, 1928.

Santos de Luz: Enrique Dávila Jijón. — Imprenta de Julio Sáenz Rebolledo, Quito, 1928.

Diálogo de las Luces Perdidas: Sarah Bollo. — Montevideo, Uruguay, 1928.

Otoñales: Alirio Díaz Guerra. — Maracaibo, 1926.

Algo Sobre el Problema Social en el Perú: conferencia dada el 6 de marzo de 1922, en la «Casa de los Estudiantes» de Lima por el doctor C. Ray de Castro.

Don Quijote en la Gloria (Cuento fantástico): Carlos Bolívar Sevilla. — Ambato, Ecuador, 1928.

Para los Niños de América: Gastón Figueira. Montevideo, Uruguay, 1928.

Íntimas (Poesías): Alberto Larrea Ch. — Quito, 1927.

Tiranicidio y Revolución: F. Lagoado Jaime. — (Editado por el «Grupo Bolívar» de Caracas). Habana.

La Ciudadanía Automática de los Extranjeros: Juan B. Sivori. — Biblioteca de la Asociación Argentina Pro Liga de las Naciones. Buenos Aires, 1928.

Hacia la Nicaragua del Porvenir: Agenor Argüello. Ahuachapán, El Salvador.

Vida Ovejuna, El Presidente Urriola, Artículos Itomchos, tres libros de José Rafael Wendehake. — Cólón Panamá.

Caminos de perfección: Carlos Brandt. — Biblioteca Editorial «Estudios». Apartado 2º 158. Valencia, Precio: 2 pesetas.

El Libro de los Fragmentos: Ciro Nava. — Caracas, Venezuela.

Intical: José María Luelmo. (1928-1929). Colección «Meseta». Valladolid, España.

La Muñeca, drama en un prólogo y tres actos, por F. Caro Guespo. — Biblioteca Editorial «Estudios». Apartado 158. Valencia.

Flores en el Desco (Versos): Agustín Rossi. — Editorial Tor. Buenos Aires.

Entre Rosales (Poesías): Fermín Requena. — Melilla.

Después de Jesús: Juan Rosadi, autor de «El Proceso de Jesús». Traducción de Gonzalo Calvo. Císa Editorial Maucci. Calle de Mallorca, 166. Barcelona.

Nuevas Revistas

Ki Ka. Director: Eduardo Della Croce (hijo). La Plata.

Nos-ótras. Directora: Luisa Martínez. Caracas.

Le Point. Directeur: Jean Gattino. Paris.

Revista Hispánica. Apartado N° 355. Bucarest. Rumania.

Revista Oriente. Director: Primitivo Cordero Leiva. — Santiago de Cuba.

Horizontes. Instituto Normal «Juan Montalvo». Director: Luis F. Torres. — Quito.

El Progreso. Director: Salvador Merlino. Buenos Aires.

La Vida Literaria. Director: Enrique Espinoza. Buenos Aires.

Honduras. Director: J. M. González Rosa. San Pedro Sula.

Concepción Arenal. El Arsenal (Mallorca).

Revista Ibero Americana de Farmacia. Director: J. Valis Oliva. Barcelona.

Folha Académica. Director: Prof. Bruno Lobo. Río de Janeiro.

Meseta. Dirige Francisco Martín y Gómez. Valladolid.

Revista de Ambos Mundos. Publicación mensual Hispano Americana, Madrid.

El Ecuador Comercial. Director y Gerente: T. Vivar Cueva. Quito.

La Palabra. Córdoba.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

De Filosofía y Letras. Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos

PUBLICADO POR

J. GARCIA MONGE

Apartado Letra X
San José, Costa Rica, C. A.

SUSCRIPCION: El año, 2 tomos de veinte y cuatro entregas cada uno,
\$ 6.00 oro americano.

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL

DE

LETRAS, ARTE, HISTORIA, FILOSOFIA, CIENCIAS SOCIALES

FUNDADA EL 1º DE AGOSTO DE 1907

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

ADMINISTRADOR:

Daniel Rodolico

PRECIO DE SUSCRIPCION (ADELANTADA) Por un año 8 dólares

Dirección y Administración: LIBERTAD 747

U. T. (41) 3354 Plaza.

BUENOS AIRES

La obra
que nos ofrece
el
Mundo



NUEVA GEOGRAFIA UNIVERSAL

ERNESTO GRANGER
JUAN DANTIN CERECEDA
Y
JUAN IZQUIERDO CROSELLES

Obra monumental, escrita por las más grandes autoridades en la materia, de una modernidad sin comparación posible, de una belleza deslumbradora. Es la obra concreta y útil, selectísima y científica. No es una abrumadora acumulación de tomos inútiles, ni tampoco un insustancial álbum de fotografías. Es la obra que siempre es necesaria a todos: al profesor, al estudiante, al hombre de ciencia, al viajante, a los que gustan contemplar el mundo en que vivimos.

ESTARA COMPLETA EN TRES TOMOS

Ofrece millares de páginas, centenares de mapas en negro y en color, entre ellos algunos que se publican por primera vez en España, como el de Irlanda, Polonia, Estados soviéticos, etc.

MILLARES DE FOTOGRAFIAS

Cuando nuevos absolutamente, que nos muestran las bellezas del mundo en todo su esplendor. El tamaño de los tomos es de 23 x 31. Tres volúmenes encuadernados lujosamente en tela. Cada volumen, 50 pesetas. La obra completa, 150 ptas.

PIDA FOLLETOS ILUSTRADOS



DIRIJASE EN QUITO A
Arsenio B. Sánchez, Librería Española, Apartado 350
Antonio Lucio Paredes, García Moreno, 60